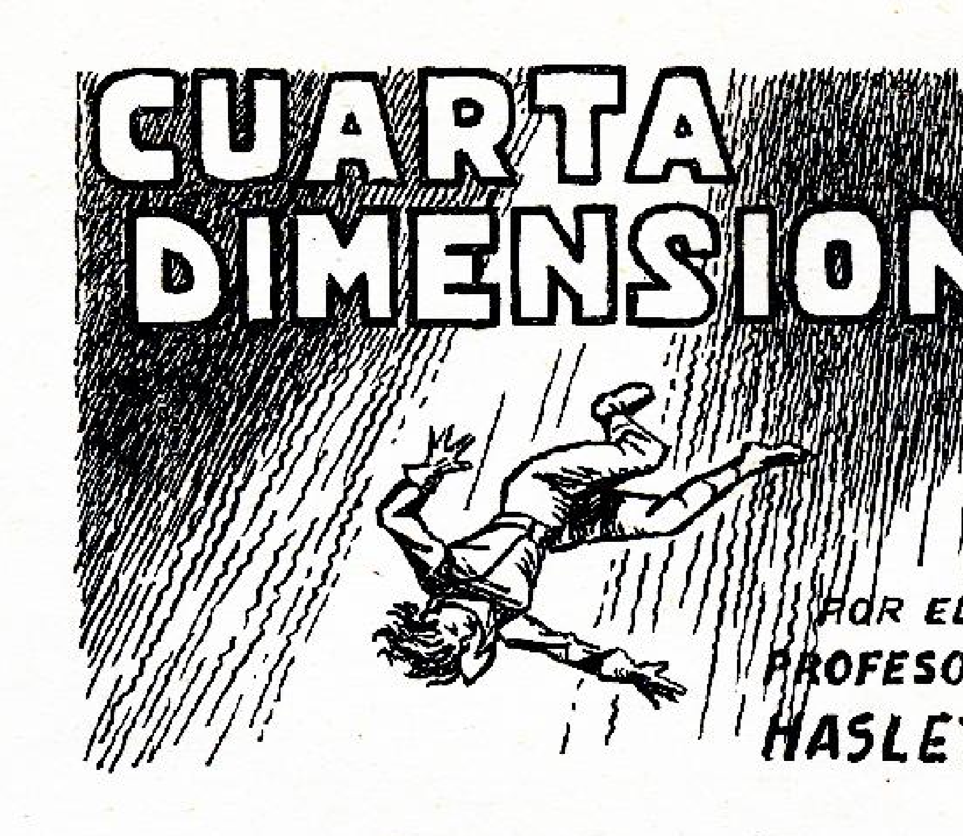

Cuarta dimensión
por el PROFESOR HASLEY
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



Profesor HASLEY
CUARTA DIMENSION
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTISTICA



CAPITULO PRIMERO

A los oídos de Alan llegaba la música que provenía del amplio

ratón donde se celebraba la fiesta. Alan había huido del salón, hastiado de tanta diversión insulsa y de tan insustanciales charlas.

Desde la altísima terraza del edificio, dominaba una fantástica perspectiva de la ciudad. Nueva York se extendía bajo su mirada como un ser animado por múltiple vida. La ciudad, había crecido descomunalmente en los últimos años. Aquella noche, la última de 1994, abría su misterio sobre la gran urbe, donde 25 millones de seres se dedicaban alegremente a despedir el año.

Las luces de las calles rasgaban el velo nocturno de la ciudad y de vez en cuando llegaba a sus oídos el penetrante silbido de los automóviles propulsados por turbinas de gas, o el confuso rumor de las gentes que expresaban su alegría de la manera más desaforada.

La noche estaba despejada y el constante tráfico aéreo daba la impresión de una intensa nube de meteoros que atravesara el cielo de Nueva York, para continuar su camino hacia otros planetas o hacia la soledad del inmenso espacio.

Modernos aviones sin alas como alargadas ampollas de cristal, vertían su luz fosforescente; grandes transportes en forma de cohetes mostraban, a través de su fuselaje transparente, a los viajeros a quienes la vida obligaba a trasladarse a lejanos lugares, para resolver sus problemas en aquella noche de diversión y alegría.

Todo el mundo se afanaba en mil direcciones bajo la mirada escéptica de Alan.

El hombre que estaba apoyado en el balcón de la amplia terraza era un apuesto ser de unos cuarenta años. La brevedad de su cintura y la amplitud de sus hombros indicaban claramente que estaba acostumbrado al deporte. Bajo la negra tela de su traje podía adivinarse una fuerte musculatura, y en la amplitud de su frente y la mirada penetrante de sus ojos se veía al hombre de poderosa mente y serena actitud ante la vida.

Una voz se escuchó a sus espaldas.

— ¡Está aquí!

Alan volvió la cabeza y vio la deliciosa silueta de una joven mujer que le miraba con una sonrisa en los ojos.

—Eres un hombre muy difícil. ¿Cómo se te ha ocurrido alejarte del bullicio? ¿Es que acaso te pena abandonar el año? ¿O es que tal vez piensas que te vas haciendo viejo?

Alan sonrió ante la inesperada salida de su amiga.

—Nada de eso. Te aseguro que puedo mostrarte mi partida de nacimiento en la que está claramente especificado que no tengo

más que treinta y nueve modestos años.

—Sé que eres un hombre sincero y te creo —sonrió la muchacha—, pero tu actitud no es la de un hombre joven. El salón está lleno de muchachas bonitas, yo misma estoy deseando bailar contigo y tú prefieres salir al encuentro de tu soledad, como si el mundo no te importara.

—No sé qué contestarte, Lucy. La vida me parece admirable, e incluso a veces la encuentro apasionante, pero hay algo que no acaba de satisfacerme, un no sé qué que me tiene insatisfecho.

—Pues no eres de los que debes quejarte. Tu equipo de polo ha ganado el campeonato de los Estados Unidos, has realizado seis excursiones de caza de las que se ha ocupado toda la prensa y, según me han dicho, tus negocios han tenido este año un éxito desbordante. ¿Qué más puedes pedir?

Alan levantó los hombros y esbozó en sus labios una vaga Sonrisa.

—Quizá tienes razón, pero a veces suceden cosas incomprensibles. Luchamos por alcanzar las cosas y cuando las tenemos no nos satisfacen.

—Tengo confianza contigo para decirte una cosa, Alan. Tú lo que necesitas es casarte. Cuando apenas eras un muchacho te quedaste huérfano y dedicaste toda tu atención a los negocios que dejó tu padre; desde entonces tu vida ha sido fácil y lisonjera, pero vacía de cierto contenido. En cuanto te cases todo volverá a equilibrarse.

—No se me había ocurrido la idea. A lo mejor aciertas.

—Si no encuentras novia y crees que yo aprovecho... —sonrió la muchacha.

—El que no aprovecharía soy yo. Tú eres uno de los seres más deliciosos que conozco, pero prefiero que continúes siéndolo. Si fueras mi mujer quizá perderías el encanto que hoy te aureola.

La muchacha lanzó una alegre carcajada.

Me lo has dicho tan bien que no puedo ofenderme por las calabazas.

Los dos amigos sonrieron y Lucy se puso al lado de Alan para descubrir con sus ojos el mismo paisaje que observaba su amigo.

— ¿Y en qué estabas pensando? ¿Se puede saber?

—En todo y en nada. En la gente y en sus afanes, en la vida que va agotándose lentamente, en los que sufren una contrariedad, en los que se divierten alocadamente, como si vivieran el último segundo de su vida. Y sobre todo pensaba en mi amigo Mike Colman.

— ¿Te refieres al famoso sabio atómico? No sabía que erais amigos.

—Somos más que eso; para ser hermanos nada más nos faltaba que hubiéramos tenido la misma madre.

Juntos jugamos en nuestra infancia, acudimos juntos a la Universidad y juntos hemos pasado muchas alegrías y amarguras. Ahora se encuentra en un apuro.

—Algo de eso he leído en la prensa. Creo que ha dicho no sé qué disparates.

La mirada de reproche que le lanzó Alan, hizo que la muchacha rectificara en seguida.

—Bueno, no me hagas mucho caso. Es una manera de hablar. No he comprendido nunca a esos extraños sabios que siempre hablan de cosas totalmente incomprensibles. No lo tomes a mal.

—Es difícil ser un hombre como mi amigo Mike, joven, apuesto, lleno de vida y de posibilidades para gozar de la misma, y sin embargo encerrado siempre en su laboratorio, buscando la verdad de las cosas, descubriendo el íntimo secreto que guarda cada uno de los componentes de nuestro Universo, abriéndonos los ojos a los que no pensamos más que en nosotros mismos.

—También nosotros somos necesarios. Tú has creado o desarrollado numerosas industrias; has simplificado la vida de muchos congéneres tuyos. Has abierto nuevas rutas al tráfico de los hombres. ¿Acaso eso no es útil? En cuanto a mí misma te confieso que tampoco estoy insatisfecha; ¿qué sería de algunos grandes modistos sin mi cintura de avispa y la perfección de mis hombros?

Las últimas palabras de la muchacha habían sido dichas con tal tono de seriedad, desmentido por el brillo picaresco de sus ojos, que Alan no pudo evitar el soltar una carcajada.

—Tu existencia está plenamente justificada, Lucy. Los griegos se dedicaban a perpetuar la belleza en el frío mármol que arrancaban de sus canteras. Tú eres la belleza misma, viva y palpitante, recreo y consuelo de los pobres mortales.

La muchacha agradeció las frases de Alan con una deliciosa sonrisa.

— ¿Y dices que tu amigo Mike es guapo y apuesto?

—Yo no he dicho que sea guapo, porque entiendo muy poco en cuanto a belleza masculina, pero sé que en la Universidad me quitaba la novia siempre que se lo proponía.

Un silbido de admiración se moduló en los sonrosados labios de la muchacha.

— ¡Caramba!, va a ser cosa de que me lo presentes.

En aquel momento una voz pronunció el nombre de Alan.
—Señor Alan Northon. Señor Alan Northon.
Uno de los criados del anfitrión que ofrecía la fiesta apareció en el dintel de la puerta que daba a la terraza.
— ¿Qué sucede, Bates?
—Ha llegado una nota para usted. Ha sido recibida en su casa y el mayordomo la ha remitido aquí.
Alan cogió el pequeño pliego de papel que le tendía el criado y lo abrió con gesto de extrañeza. Unas breves líneas trazadas a mano y a toda prisa quedaron bajo sus ojos:
«Ha llegado el momento. Me encuentro demasiado solo. ¿Quieres acompañarme?»
Y luego como única firma un nombre: Mike.
— ¿He de transmitir algún recado, señor?
—No. Puedes retirarte.
El criado obedeció la orden mientras Alan guardaba la pequeña nota en el bolsillo.
— ¿Son malas noticias, Alan?
—No, Lucy. Parece como si al conjuro de nuestras palabras hubiera surgido Mike ante nuestra presencia.
— ¿Es una misiva suya?
—Se encuentra solo y me pide que vaya a hacerle compañía.
— ¿Por qué no le telefoneas y le dices que se venga a la fiesta? Yo creo que aunque deje un momento tranquilo a sus electrones y a sus protones y demás cosas absurdas, no pasará nada.
—Es preciso que vaya a verle. En la actualidad atraviesa una profunda crisis.
—Entonces voy contigo.
—No puede ser, Lucy —dijo Alan suave pero firmemente—. Hemos de tratar algunas cosas que acabarían por aburrirte.
—Está bien, pero prométeme que volverás a la fiesta.
—Te prometo que si termino pronto mi visita volveré.
Los dos amigos se dirigieron hacia el recibidor de la casa y Alan pidió su sombrero y su abrigo.
—Me has prometido que volverás si terminas pronto.
—Ten la seguridad de que lo haré así.
Poco después la puerta se cerraba a las espaldas de Alan y éste se dirigía con pasos presurosos hacia su moderno automóvil, que se encontraba aparcado a pocos metros de la entrada principal del edificio.

CAPITULO II

Mientras Alan se dirigía a casa de su amigo, su pensamiento estaba ocupado en las desventuras que los días pasados habían proporcionado a Mike.

El Sexto Congreso Mundial de Física, celebrado en Nueva York, había llenado de amargura a su amigo. Su conferencia en el mismo encontró una fuerte oposición por parte de los más renombrados sabios de la época. Sólo alguno que otro, aisladamente, había levantado su voz solicitando respeto para la teoría de aquel hombre.

Alan conocía los preparativos de su amigo para poder demostrar con un experimento la realidad de sus suposiciones. El mismo había financiado la empresa, dotando a Mike de cuantos medios le eran necesarios para experimentar, pero un desafortunado incidente había impedido que Mike llevara a cabo la operación que tan concienzudamente había calculado: un delicado instrumento de los que tenía que manejar Mike se había estropeado tres días antes, y hacía falta lo menos un mes para repararlo.

Mike hizo una exposición teórica de su hipótesis, que motivó el menosprecio de la mayor parte de los prohombres reunidos en el Congreso Mundial.

El golpe había sido muy duro para Mike, y Alan tuvo que esforzarse, para sacarlo de la sorda desesperación en que le había sumido la falta de comprensión de sus colegas.

Recordaba su faz lívida y el ligero temblor de las manos, en el momento en que descendía de la tribuna.

Durante cuatro años había estado acariciando el proyecto. La solución teórica del mismo fue realizada magistralmente por su amigo; luego, hizo el diseño de los instrumentos, los puso a prueba y se dedicó a hacer la primera experiencia, pero el incidente que motivó la rotura de uno de los aparatos, le impidió apoyar su tesis en una demostración práctica.

Alan, lo sacó a viva fuerza del edificio en donde se celebraba el Congreso y tuvo que derramar toda su buena amistad sobre el infortunado, para conseguir arrancarlo de la desesperación.

Al día siguiente, Mike había reaccionado y proseguía sus investigaciones, con el indomable espíritu que le animaba.

¿Qué nueva crisis le había asaltado, que de tal manera solicitaba su presencia? ¿Por qué no había podido esperar hasta el día siguiente? ¿Qué querían decir aquellas palabras del breve mensaje que le había enviado?

Mientras Alan pensaba todas estas cosas, su coche se deslizaba suavemente en dirección a la casa de su amigo.

La vivienda se encontraba situada en un lugar tranquilo de las afueras de la ciudad. Consistía en una gran edificación de dos plantas, rodeada por un enorme jardín, y en cuyos sótanos se había montado el más moderno laboratorio que imaginarse pueda.

La vivienda la había recibido Mike como legado de sus padres, fallecidos unos años antes. El laboratorio, había sido equipado gracias a la generosidad de Alan y su costo era muy superior a los veinte millones de dólares.

Alan detuvo el coche frente a la entrada principal del jardín y tocó varias veces el claxon.

Surgiendo de las sombras, un hombre se aproximó a la puerta. Era el único criado que tenía Mike para el cuidado de la vasta propiedad. Aunque su fortuna no hubiera sido suficiente para sufragar los gastos del laboratorio, disponía, sin embargo, de una renta lo bastante elevada para permitirle vivir con amplísima comodidad. Sin embargo, su apasionada dedicación a la Ciencia le había hecho abandonarse un poco.

—Lo esperaba, señor. El profesor Mike estaba seguro de que vendría —comentó el viejo criado, que estaba al servicio de la casa desde que Mike era un niño—. Yo creo que debía «decirle usted que se cuidara un poco más. Apenas come y se pasa las noches en blanco, metido en el laboratorio. A mí no quiere escucharme.

—Ten la seguridad de que lo haré así, Sandy.

—Gracias, señor.

Alan apretó el acelerador del automóvil y el coche se deslizó por la amplia avenida que conducía a la fachada principal de la casa.

La entrada estaba abierta y no tuvo ninguna dificultad en llegar hasta el salón principal.

— ¿Es que aquí no vive nadie? ¿Dónde te has metido, Mike?

De un sofá que se encontraba situado frente a la chimenea surgió la figura somnolienta de su amigo.

Era un hombre que tendría aproximadamente la edad de Alan, sus facciones, bien proporcionadas, estaban presididas por una amplísima frente, su pelo revuelto era abundante y de color castaño

y a pesar del desaliño que tenía en el vestir, mostraba una figura fuerte y arrogante.

— ¡Hola, viejo amigo! Me has sorprendido en pleno sueño. Quise esperarte en el salón y me quedé dormido.

—Ya sé que duermes poco y comes mal. Voy a tener que enfadarme contigo.

—Seguro que es el viejo Sandy el que te ha metido esas ideas en la cabeza. Te aseguro que es un exagerado.

—Como dice un viejo amigo mío: un hombre sin comida, es como un automóvil sin carburante.

—Te repito que Sandy exagera. No se consuela que haya perdido yo la cantidad de tejido adiposo que según él me adornaba en mi infancia. Para Sandy, seguiré siendo siempre el pequeño Mike.

—En ese aspecto, creo que tienes razón.

Mike hizo que se sentara su amigo y sirvió sendos vasos de vino generoso.

— ¿Qué es lo que te sucede, Mike?

—No me sucede nada. Al menos puedo tranquilizarte sobre mi estado de salud.

—Fue tan inesperada tu nota que llegué a alarmarme.

Mike adoptó un aire de mayor gravedad.

—Lo único que sucede es que esta noche voy a realizar mi primer experimento. Tú sabes todo lo que eso significa para mí. Cuando he ido a iniciarlo, he sentido, de pronto, un gran miedo.

— ¿Miedo a qué? —preguntó Alan—. ¿Acaso corre algún peligro tu vida?

—No es eso precisamente. Tal vez, miedo a fracasar, o lo que es peor: a triunfar.

—No te comprendo. Creo que has trabajado demasiado y tu sensibilidad se halla muy excitada.

—Durante tantos años he acariciado este proyecto que ahora no sé reaccionar ante la idea de un posible resultado. He hecho millones de números, he construido hipótesis para desecharlas después. Las dificultades han sido tan grandes que absorbieron todo mi tiempo, para intentar resolverlas. Y ahora me doy cuenta de que me enfrento, no con hipótesis ni con dificultades, sino con hechos. Ya no es un detalle en el que tengo que centrar la atención, un problema particular que resolver, o una dificultad que salvar. Ahora es el conjunto, la consecuencia, el hecho total que sólo puede dar una breve respuesta: un sí o un no.

Alan, aunque pretendía animar a su amigo, comprendía

perfectamente su estado de ánimo. Unos minutos bastarían para que la labor de varios años de infatigables trabajos se viniera al suelo o recompensara con el éxito sus innumerables desvelos.

—Te comprendo y creo que a mí me sucedería lo mismo, pero tienes que reaccionar si quieres estar en forma. Quizás tu experimento fracase, pero no habrá fracasado tu entusiasmo, tu amor a la verdad, tu constante sacrificio. Creo que debes tomar otra copa de vino y procurar levantar la moral.

—Por eso te he llamado, Alan. No quería estar solo. Si fracaso, sé que serás capaz de consolarme, si triunfo, nadie merece más que tú ver por primera vez el resultado de mi experiencia —dijo Mike mientras escanciaban nuevamente vino en las copas.

—Esto me recuerda la vez que gané las quinientas millas de Indianápolis. Desde el momento de la salida me puse en primer lugar. Durante varias horas conseguí mantenerme en el puesto, luchando a cada instante contra un profundo temor. Para vencer, no tenía que apretar el freno; tenía que impedir que el miedo me obligara a tomar una curva más despacio o a detener mi bólido para sortear un peligro, cada segundo que perdiera habría que hacerse patente a la hora de cruzar la meta. Los minutos me parecieron años y persistí en mi propósito. Mis nervios empezaron a flaquear. De pronto, casi al final de la carrera, uno de mis contrincantes logró alcanzarme y se puso a mi lado. Todo mi esfuerzo, la terrible tensión nerviosa soportada durante inacabables horas iba a venirse abajo en los últimos segundos, pero mi corazón no desfalleció. Pensé que lo importante no era alcanzar la meta el primero, sino haber podido soportar durante todo aquel tiempo la terrible velocidad que llevaba, habré conseguido mantenerme en cabeza, contra mi propio miedo. Entonces me sentí como nuevo, aferré mis manos al volante y tomé milagrosamente una curva, poco después, la bandera negra y amarilla de la victoria se bajaba a mi paso.

—Me han convencido tus palabras, Alan. Siempre he pensado que si yo hubiera tenido tu temple hubiera conseguido lo imposible. Ahora estoy más tranquilo.

—No tienes nada que reprocharte. Yo hice una carrera de varias horas, tú llevas metido el pie en el acelerador durante varios años.

Los dos amigos escanciaron en sus copas un poco de vino y brindaron porque la empresa tuviera el éxito apetecido.

—Te agradezco que me hayas llamado como observador de tu experimento, pero me gustaría que me dieras algunas referencias más precisas de las que tengo a través de lo poco que comprendí de tu conferencia y de los malévolos comentarios de los periódicos.

Mike asintió con una sonrisa a la petición de su amigo y se concentró durante unos instantes.

—Lo haré con mucho gusto, Alan. Procuraré hacer sencilla la exposición de mi teoría que, dicho sea de paso, es de una gran simplicidad. La parte más técnica se refiere al procedimiento para comprobarla y al diseño de alguno de los instrumentos que he mandado construir para el caso. Te hago gracia de esa última parte puesto que nada te aclararía con ello; el experimento demostrará si estaba bien calculada o no.

—Ardo en deseos de escucharte.

Mike prolongó la pausa durante unos segundos, luego miró fijamente a su amigo y comenzó a hablar.

—Si algo en el mundo físico ha sido debatido incansablemente, durante los doscientos años que precedieron a esta última noche de 1994, ha sido la luz. Sus efectos sobre el ojo humano, descubriéndonos las formas y colores; su velocidad considerada como una constante de la naturaleza y que, como sabes, está cifrada en un poco menos de trescientos mil kilómetros por segundo; su naturaleza; su propagación. Todo ha sido estudiado y debatido largamente durante más de dos siglos. Frente a la teoría que sustentaba la hipótesis de la naturaleza ondulatoria de la luz, allá a mediados del siglo XIX, surgió la teoría que le daba un carácter corpuscular, a principios del siglo XX; y frente a estas dos, una posición mixta, corpuscular y ondulatoria, que empezó a ganar adeptos a mediados del siglo XX. Muchas son las investigaciones y experiencias que se han hecho para aducir razones en uno u otro sentido. En el primer cuarto de nuestro siglo los relativistas demostraron que la luz tenía algo de esa naturaleza corpuscular. Con motivo de un eclipse total de sol, controlado desde distintos sitios de la tierra, Ritcher, Eddington y otros, consiguieron demostrar que los rayos de luz se sentían afectados por la atracción de la gravedad, de forma que un rayo que pasara por las proximidades de una gran masa gravitatoria sufría una desviación perfectamente comprobable.

— ¿Quieres decir que los rayos luminosos se sienten afectados por la gravedad como cualquier otra masa de materia?

—Así es, Alan. Desde entonces muy poco se ha progresado en este sentido. Yo estoy convencido de que la luz es totalmente material, de la misma forma que las ondas son una expresión de la materia, como lo es la energía, hoy en día identificada con la materia en la teoría de la relatividad.

—Me dejas verdaderamente asombrado. Ya sé que mi

ignorancia es grande, pero me parece maravilloso todo lo que estás diciendo.

—Yo pienso, que siendo material la luz, y pudiendo ser afectada por la fuerza de la gravedad, puede serlo también por otras fuerzas de la naturaleza; su masa se puede medir, pesar, dilatar o condensar, pasar del estado sólido al líquido o al gaseoso. No puedo considerar que exista una materia que se produzca diferentemente a todas las demás. El único problema consiste en poder movilizar las fuerzas necesarias para que todas estas cosas sucedan; inventar los instrumentos precisos para que puedan movilizar esas fuerzas. Eso es lo que yo he intentado durante estos años y que te ha costado a ti veinte millones de dólares, querido Alan.

Mike hizo una pausa que aprovechó Alan para intervenir.

—Sabes que para mí no ha sido ningún sacrificio poderte ofrecer esa cantidad; lo hubiera hecho en cualquier circunstancia y por el simple hecho de que me lo pidieras. Pero ahora que veo el alcance de tu propósito, al que nunca presté mucha atención, lo confieso, estoy orgulloso de haber contribuido a un proyecto tan formidable. Si fracasaras y necesitaras de nuevo ese dinero, volvería a ponerlo a tu disposición.

Mike sonrió ante las palabras de su amigo.

—Me consta que es tal como lo dices.

—Puedes continuar tu explicación.

—En el laboratorio que se encuentra en el subsuelo de esta casa, están preparados todos los instrumentos que debo emplear para hacer mi primera experiencia. Los cálculos teóricos han sido repasados centenares de veces. Esta noche voy a hacer mi primera prueba.

—Te aseguro que has conseguido impresionarme. Aunque creo que más bien seré un estorbo, por nada del mundo dejaría de asistir a ese experimento.

—Aun tendrás ocasión de ayudarme.

—No confíes demasiado en mí. Mis estudios universitarios van perdiéndose en la bruma del pasado y no creo ser muy eficaz en ese sentido.

—Algunos instrumentos son de fácil manejo. En la cuestión técnica, tampoco estaré solo. Estoy esperando la llegada del profesor Danielsen, que se ha ofrecido, con sumo agrado, a colaborar conmigo. Es uno de los pocos físicos de fama mundial que consideraron respetuosamente mi teoría, en el Sexto Congreso de Física.

—Eso me tranquiliza, Mike. Incluso te aconsejaría que te rodearas de un buen grupo de sabios para proseguir tus investigaciones.

—No despreciaría colaboraciones de ese tipo, pero, por desgracia, los hombres que podrían aportar sus valiosos conocimientos a mi empresa me creen un chiflado.

—Lo digo porque tal vez falle tu experiencia de esta noche. Has tenido que resolver demasiadas cosas tú solo. Un pequeño error de cálculo, cualquier detalle insignificante, podría echar por tierra un conjunto perfectamente concebido y llevado a la práctica.

—Esa misma reflexión me la he hecho yo infinidad de veces, pero no he podido elegir.

Sandy apareció en el umbral de la puerta, e interrumpió la conversación de los dos amigos.

—Una visita espera en el recibidor.

— ¿Es el profesor Danielsen?

—Sí, señor.

—Dile que entre.

Los dos amigos se pusieron en pie para recibir al hombre que llegaba.

El nuevo personaje tendría unos cincuenta años, era enjuto de carnes y de elevada estatura; su pelo amarillento estaba rigurosamente peinado y unas gafas de gruesos cristales descansaban sobre su nariz.

En la mano derecha llevaba una voluminosa cartera, que cambió de mano para estrechar la de su amigo.

—Te presento al profesor Danielsen, uno de los pocos hombres que han dado algún crédito a mi teoría.

Alan tendió la mano al recién llegado y un fuerte apretón selló la nueva amistad que surgía entre aquellos dos hombres.

—Decir que he dado algún crédito a su teoría, profesor Colman, es un pálido reflejo de la realidad. He estudiado detenidamente los documentos que me dejó y estoy sencillamente entusiasmado.

Al decir esto, el profesor sacó de la cartera el grueso legajo que le había entregado Mike y lo depositó sobre la pequeña mesa, alrededor de la cual se habían sentado.

—Es el trabajo más impresionante que he estudiado en mi vida. No comprendo cómo ha podido un hombre solo llevar a buen término esa tarea.

—Todavía no ha llegado a buen término —sonrió Mike.

—No me importa el resultado del experimento que vamos a realizar, aunque su éxito sería la culminación del sueño más

ambicioso que pueda tener un hombre de ciencia. Lo que encuentro extraordinario es la cantidad de trabajo, perfectamente orientado, que ha realizado usted. Sus ecuaciones de integración son admirables, y los instrumentos que ha concebido son maravillosamente ingeniosos.

—Me reconfortan sus palabras. Es la primera crítica seria que recibo sobre mi plan.

Los tres hombres vaciaron el contenido de los vasos que tenían ante sí.

—Estoy impaciente por conocer la prueba.

—Yo estoy dispuesto, profesor Danielsen.

—-Entonces, vamos al laboratorio.

Los tres amigos atravesaron distintas dependencias de la casa y descendieron, por una estrecha escalerilla, al amplio laboratorio construido entre los cimientos de la misma.

Alan quedó deslumbrado ante la multitud de aparatos que llenaban el amplio recinto. El mismo profesor Danielsen no pudo menos que lanzar una exclamación de agrado y sorpresa.

—Jamás hubiera imaginado cosas semejantes. Es el laboratorio mejor dotado que he visto en mi vida.

—Esta maravilla ha sido posible gracias a la generosidad de mi amigo Alan —explicó Mike.

Un leve rubor tiñó las mejillas de Alan, mientras que con un gesto de la mano pretendía quitar importancia a la afirmación de su amigo.

—Es una acción que le honra, Northon —comentó familiarmente el profesor—. Si hubiese muchos hombres como usted las cosas del mundo marcharían por caminos más lógicos.

—Este es el electro-imán del que hablo en mi informe —dijo Mike, mostrando orgullosamente la poderosa estructura que se levantaba en el centro del laboratorio.

Danielsen observó con detalle aquella maravillosa obra de ingeniería, luego, su curiosidad pasó hacia otros instrumentos, que suscitaban sus entusiasmados comentarios.

Durante más de una hora fue imponiéndose sobre el complicado sistema de aparatos, bajo las precisas explicaciones de. Mike.

Alan asistía a la explicación profundamente interesado aunque sentía que sus escasos conocimientos no fueran suficientes para penetrar el sentido de algunas explicaciones de su amigo.

—Ahora está todo perfectamente claro —concluyó el profesor Danielsen.

—Vamos, pues, a hacer la prueba definitiva.

En pocos minutos quedó distribuido el trabajo. El profesor Danielsen manejaría el electro-imán, mientras Alan referiría en voz alta las cifras de un indicador que se encontraba adosado a la pared. El resto de las operaciones las realizaría Mike.

— ¿Preparados, profesor?

—Estoy dispuesto.

Mike apagó las principales luces del laboratorio, y una suave claridad, producida por dos tubos de vacío, iluminó débilmente el laboratorio.

Mike se dirigió hacia un instrumento que, a manera de un periscopio, conectaba el interior del laboratorio con el aire libre de la noche, y pulsó un botón.

Un haz de luz penetró a través del ingenioso aparato y se introdujo a través de unos tubos, en una especie de campana de cristal.

—He preferido emplear luz reflejada por la luna, para desproveerla de ciertos rayos cósmicos, que hubieran sido inevitables al tomarla directamente del sol; lo cual hubiera presentado nuevas dificultades a este experimento.

El interior de la campana cristalina quedaba pálidamente iluminado por la luz de la luna, como un punto fantástico en la semipenumbra del laboratorio.

—Cinco millones de electrón-voltios —ordenó.

El profesor Danielsen hizo girar un volante y un sordo gruñido comenzó a invadir la habitación.

Alan miró el indicador que tenía ante sus ojos y observó cómo avanzaba la aguja, hasta marcar la cifra deseada.

—Basta.

Danielsen detuvo el movimiento del volante.

Mike se dirigió hacia otro Instrumento y lo hizo funcionar.

—Voy a filtrar esa luz.

La luz que contenía la campana de cristal atravesó los finísimos tubos del filtro y surgió en forma dé un delgado rayo en el interior de una gruesa esfera transparente, que estaba asentada sobre un sólido pedestal, del cual salían múltiples conexiones.

—Segunda fase del electro-imán. Quince millones de electrón-voltios.

Danielsen aplicó sus manos a otro volante y lo hizo rodar hasta que Alan le hizo la indicación oportuna.

El delgado hilo de luz que cruzaba la esfera comenzó a doblarse hacia arriba hasta conectarse con otro tubo, que lo hacía desembocar en una sólida estructura de acero y cemento que

ocupaba un lugar extremo del laboratorio.

— ¡Lo he conseguido!

Alan y Danielsen abandonaron los puestos que ocupaban y se acercaron a la esfera.

— ¡Por vida de...! —exclamó el profesor—, Ha conseguido usted desviar el rayo de luz como se desvían las partículas atómicas en una cámara de Wilson. Esto demuestra la certeza de su teoría sobre la composición material de la luz.

—Vamos a realizar la última parte del experimento. Si son ciertos mis cálculos conseguiré reducir a una masa compacta de material el haz de rayos, que a través de ese tubo se ha introducido en el condensador.

Mike miró a sus dos amigos y durante unos segundos guardó silencio.

—Esta es la parte más peligrosa del experimento. Jamás he probado el condensador de nuevo tipo que ustedes ven. Necesito hacer un vacío absoluto que sólo puedo conseguir mediante una pequeña explosión atómica. Las ondas de expansión serán reflejadas por las paredes interiores del condensador y volverán hacia el centro del mismo, lugar en que se encuentra el rayo de luz. Esta poderosa fuerza condensará esa luz en una masa material. La experiencia supone un gran riesgo, puesto que la explosión atómica se hará en el vacío casi total que ya tiene el condensador; tal vez las paredes del mismo no resistan la onda expansiva y se produzca una explosión atómica que puede por completo volar este laboratorio.

—He dado orden a Sandy que abandonara la casa en cuanto nos introdujéramos aquí. Usted, Danielsen, y tú, Alan deben abandonar este lugar. Esa parte del experimento la puedo realizar yo solo.

—Por nada del mundo me perdería ese espectáculo —exclamó Danielsen—. He corrido peligros semejantes persiguiendo la comprobación de hechos de menos importancia que éste. Si usted me obliga a abandonar el laboratorio me consideraré estafado.

—No digas tonterías, Mike —dijo Alan—. Te aseguro que no has conseguido hacerme temblar con tu apocalíptico relato. ¡Vamos a ver qué demonios pasa con ese insignificante rayo de luz!

Mike miró a sus dos amigos y sonrió cariñosamente.

—Gracias; gracias, a los dos.

Con paso decidido se dirigió a un rincón del laboratorio y puso en marcha un aparato de control a distancia que gobernaba el mecanismo del condensador.

—Vamos a dar el paso definitivo.

Con mano trémula asió una: pequeña palanca y la fue bajando lentamente.

—En este momento comienza la reacción atómica; dentro de tres segundos se producirá la explosión.

Los tres hombres quedaron en suspenso y el silencio más absoluto permitía oír el latido de los corazones. Pasaron unos segundos y no sucedió nada. Fue Danielsen el primero en romper la tensa situación.

—Han pasado cinco segundos.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando una extraña conmoción sacudió el cerebro de aquellos hombres.

Alan sintió que le flaqueaban las piernas e intentó asirse al brazo de su amigo, pero tanto éste como el profesor Danielsen se desplomaban en el suelo como heridos por un fulminante rayo.

Una gran oscuridad invadió el cerebro de Alan, sus piernas se negaron a soportarlo y, poco después, caía desvanecido junto a sus dos amigos.

Cuando recobró el conocimiento la situación era poco más o menos la misma. Mike y Danielsen permanecían inconscientes en el suelo.

Sacudió la cabeza y recobró el total dominio de sus facultades. En un salto se situó junto a sus amigos y comenzó a sacudirlos; poco después reaccionaban los dos hombres y se ponían en pie con la ayuda de Alan.

— ¡Que me quede calvo si sé lo que me ha sucedido! —murmuró Danielsen.

Mike no hizo el menor comentario y se dirigió rápidamente hacia el condensador.

—El registro indica que la explosión atómica se ha producido.

Danielsen y Alan se acercaron al lugar ocupado por Mike y comprobaron la certeza de su indicación, cuando observaron el registro.

—Ya es maravilloso que se haya producido esa explosión sin que saltáramos todos hechos pedazos —comentó Alan.

—Accione el reductor de radioactividad —ordenó Mike.

El profesor Danielsen maniobró en un complicado aparato que tenia al alcance de su mano.

—Ya está. Radioactividad cero.

—Voy a descorrer la pantalla de plomo y cemento.

Mike hizo lo anunciado y una gruesa sección del condensador fue descorriéndose hacia un lado dejando al descubierto un

casquete esférico, de materia transparente, que pertenecía a la esfera, en el interior de la cual se había producido la explosión.

Alan pudo observar que el interior de la extraña esfera se encontraba vacío y sumido en la semioscuridad que invadía el resto del laboratorio.

— ¡No hay nada! —exclamó.

—Apaga la luz —ordenó Mike con excitada voz.

Alan avanzó unos pasos y dio al conmutador, sumiendo al laboratorio en la más profunda oscuridad. La entrecortada respiración de sus dos amigos le permitió volver al lado de ellos.

—Si ha tenido éxito el experimento lo podremos comprobar ahora —dijo la voz de Mike. La cantidad de materia que habríamos podido conseguir sería tan pequeña que ningún ojo humano podría descubrirla.

En este momento estoy dando salida a los efectos de la explosión.

Alan tenía sus ojos abiertos mirando hacia un punto indefinido de la oscuridad impenetrable. De pronto, una ligera luz surgió del lugar que ocupaba la sección esférica transparente. En una décima de segundo el interior de la esfera se iluminó con pálida luz lunar, y, a través de la sección transparente, delimitó los perfiles de los tres hombres.

— ¡Lo ha conseguido, lo ha conseguido! —dijo Danielsen con tono de asombro.

—Si —confirmó Alan—. La luz condensada vuelve de nuevo a su forma primitiva en cuanto ha cesado la presión que se ejercía sobre ella.

Durante unos segundos el punto luminoso fue emitiendo sus rayos hasta que se agotó totalmente.

—Da la luz, Alan.

Alan hizo lo indicando y, a la pálida luz de los tubos de vacío, pudo ver la cara desencajada de su amigo. Los tres hombres permanecieron inmóviles durante unos instantes y luego se abrazaron con incontenible alegría

—Volvamos al salón —sugirió Mike—. Es preciso que bebamos una copa de vino. Estoy a punto de desvanecerme a causa de la emoción.

Los tres hombres se dirigieron hacia la puerta situada al extremo contrario del laboratorio.

Un grito de sorpresa de Alan detuvo su paso.

— ¿Qué sucede?

Alan no contestó a la pregunta, preso del asombro más grande.

Con un gesto, señaló hacia la dirección ocupada por el electroimán. Danielsen y Mike no pudieron reprimir una exclamación de sorpresa.

Semioculto por la estructura del aparato podía verse a un ser tendido en el suelo.

Repuestos de la sorpresa se acercaron hacia la extraña figura que yacía inconsciente.

El misterioso ser iba ataviado con un extraño traje que le ceñía el cuerpo desde los pies a la cabeza. Sus manos estaban enfundadas en grandes guantes de una materia desconocida y un capuchón que ocultaba su cara mostraba dos pequeños círculos de cristal a la altura de los ojos.

—No puedo comprender esto —murmuró Mike.

—Parece ser que nuestro experimento ha sido observado por otra persona.

—Tal vez se trata de un espía.

Alan tiró del amplio capuchón que cubría la cabeza del misterioso intruso y una exclamación de sorpresa brotó de los labios de los tres hombres.

Ante sus ojos apareció el rostro de una hermosísima mujer. Tendría unos veinticinco años y su cutis era de una blancura suavemente matizada por un tinte rosado. El abundante pelo caía revuelto sobre sus mejillas y presentaba un inconcebible tinte azulado.

Sus ojos estaban cerrados y su respiración era acompasada.

—Ha sufrido los mismos efectos que sufrimos nosotros cuando iniciaste la reacción nuclear en el interior de la esfera —comentó Alan.

—Debemos intentar reanimarla.

—Creo que lo mejor será trasladarla al salón.

Alan, uniendo la acción a la palabra, cogió en sus brazos a la muchacha, y los tres hombres se dirigieron hacia la parte superior del edificio.

CAPITULO III

ALAN depositó a la misteriosa muchacha en un sofá del salón. Los tres hombres se quedaron mirándola durante unos segundos intentando colegir quién sería aquella mujer y de dónde habría venido.

La extraña indumentaria de que iba provista hacía más desconcertante aún su presencia en aquella casa.

—Respira con normalidad —inició Alan—. El pulso lo lleva un poco acelerado pero no parece indicar ninguna anomalía especial.

—Intentaremos darle un poco de coñac —sugirió Mike.

El doctor Danielsen se dirigió hacia el pequeño bar y extrajo una botella de la cual escanció un poco de bebida en un vaso.

—Sucede algo, señor.

Mike volvió su cabeza hacia la entrada del salón Era Sandy el que había hecho la pregunta desde el dintel de la puerta.

— ¿Qué haces aquí, Sandy?

—He oído ruido y pensé que el señor podía necesitarme.

—Pero yo te dije que abandonaras el edificio.

Sandy levantó los hombros con gesto de indiferencia.

—Pensé que cuando el señor se metía en el laboratorio para correr el riesgo que fuese no tenía yo por qué proceder de otra manera.

—Está bien, Sandy, tú ganas. Tenemos una visita inesperada.

—A ver ese coñac, profesor.

Danielsen alargó el vaso a su nuevo amigo y éste lo acercó a los labios de la muchacha.

—Son muy guapas las marcianas, ¿verdad, señor?

— ¿Qué demonios estás diciendo? —preguntó Mike, ante la asombrosa salida de su criado.

—Me refiero a esa mujer —contestó Sandy impasible.

— ¿Pero por qué dices que es una marciana?

Sandy hizo un gesto de circunstancias, como si estuviera sorprendido por la duda que manifestaba su señor.

—Como va vestida de una manera tan rara...

—Parece que va volviendo en sí —indicó Alan.

—incorpórela usted un poco; quizá eso ayudará a reactivar la circulación.

Alan hizo lo que le indicaba el profesor Danielsen y colocó algunos cojines a la espalda de la muchacha.

Esta fue abriendo lentamente los ojos y los posó interrogadores sobre los tres hombres.

— ¿Se encuentra usted bien? —preguntó Alan.

La muchacha miró a su interlocutor sin responder nada. Sus labios permanecían cerrados pero los ojos se movían nerviosamente, observando cuanto la rodeaba. Su cara iba recobrando la normalidad, aunque una mezcla de temor y asombro se dibujaba en sus facciones.

— ¿Habla usted nuestro idioma? —preguntó Mike.

De nuevo la muchacha miró a su interlocutor, sin que sus ojos demostraran la menor comprensión ante la pregunta del profesor.

—Al parecer pertenece a otro país —comentó Danielsen—. Mucho me temo que tendremos que dar parte a la policía. Debe ser una espía.

—Eso no me parece muy probable —respondió Mike—. Mi experimento no está incluido en la serie de pruebas de nuestro ejército; por otra parte no he pretendido hacer un secreto de él. Mi mayor satisfacción hubiera sido poder realizarlo ante un buen grupo de hombres de ciencia, sin que me importara su nacionalidad. Mi conferencia en el VI Congreso Mundial de Física tendía a solicitar la atención de todos los allí reunidos; fue el fracaso de mi pretensión lo que me ha obligado a realizar esta prueba en privado.

La muchacha permanecía silenciosa mientras se cruzaba el anterior diálogo entre los hombres. Sus ojos miraban febrilmente la cara de aquellos seres y un temblor de las manos demostraba su grado de excitación. Su pelo, de un color azul oscuro, casi negro, caía enredado sobre la frente, enmarcando unos rasgados y hermosísimos ojos color violeta.

Alan no perdía detalle de aquella deliciosa criatura. Procurando no ser inquisitivo, la miraba de soslayo, intentado penetrar el misterio que la envolvía.

Su presencia era tan insólita que, difícilmente podía imaginar una teoría que la explicara. Cierto que su indumentaria demostraba claramente que la entrada en el laboratorio había sido premeditada. Algo debía saber aquella mujer sobre el experimento de Mike, cuando se había provisto de un traje antiradiactivo. Por otra parte no le faltaba razón a su amigo al decir que no había pretendido

hacer ningún secreto de aquella prueba. Cualquiera que hubiera pretendido presenciarla, avalado por un título universitario, hubiera sido admitido gustosamente en la experiencia. ¿Por qué, pues, había entrado subrepticiamente en el laboratorio? ¿Actuaba por cuenta propia o por cuenta de un tercero?

— ¡Koan!

Los tres hombres volvieron sus ojos hacia la mujer, ante la extraña exclamación de ésta.

— ¿Qué ha dicho? —preguntó Mike.

—No lo entiendo, Mike. Ha pronunciado una palabra que no está en mi vocabulario.

—Quizás si la interrogáramos en otros idiomas consiguiéramos algo —sugirió Danielsen.

Los tres hombres comenzaron a hacer preguntas a la muchacha en la media docena de idiomas que conocían, pero todas ellas obtuvieron la misma muda respuesta.

— ¡No habrá más remedio que llamar a la policía! —insinuó Mike.

De pronto, la muchacha lanzó un ligero grito de terror y, levantándose ágilmente, echó a correr hacia la puerta del salón.

Fue tan rápido su gesto que los tres hombres quedaron paralizados por la sorpresa. Cuando Alan, que fue el primero en reaccionar, se lanzó en persecución de la joven, ésta había abandonado el salón y dirigiéndose velozmente hacia la puerta de entrada consiguió llegar hasta el jardín.

Alan aún tuvo tiempo de ver cómo se escurría entre los árboles, amparada en la oscuridad de la noche.

Con paso rápido siguió en pos de la fugitiva mientras, a sus espaldas oía las voces de sus dos amigos, que se lanzaban en distintas direcciones por las avenidas del jardín.

A pesar de la poca luz no era difícil seguir a la mujer. El blanco traje que llevaba puesto resultaba perfectamente visible y embarazaba los movimientos de la muchacha, la cual iba perdiendo terreno rápidamente.

Un último esfuerzo de Alan y cayó como un tigre sobre la fugitiva. La mujer dio un leve grito y encogió sus miembros con gesto de temor. Alan la había atenazado con sus brazos impidiéndole todo movimiento. La bella fugitiva tenía los ojos cerrados y escondía su cabeza en el pecho de nuestro amigo, como intentando esquivar un golpe fatal. Un ligero temblor la sacudía, aumentando el patetismo de la escena.

Ante aquellas manifestaciones, Alan sintió una profunda ternura

por aquel pobre ser casi enloquecido por el terror. La excitación de la carrera había hecho un poco violento su ademán, y su conciencia le reprochaba haber aterrorizado de tal modo a aquella delicada criatura. Como todo hombre fuerte sintió, ante la fragilidad de la muchacha, una infinita piedad. Su abrazo fue suavizándose hasta deshacerse por completo.

—No tema usted nada de mí. No quiero hacerle daño.

La muchacha levantó sus ojos desorbitados hacia su aprehensor y se quedó inmóvil, como clavada en el sitio. Alan sonrió y las facciones de la muchacha comenzaron a recobrar un aire más sereno.

En aquel momento llegaba Sandy, el cual, al ver a los dos seres, comenzó a gritar:

— ¡Están aquí, están aquí!

Mike y Danielsen, guiados por las voces del criado, llegaron al lugar donde se desarrollaba la escena.

— ¿La has cogido, Alan? —preguntó Mike mientras se acercaba.

—Sí; está aquí. Creo que nos estamos portando brutalmente con una mujer. La tenemos completamente aterrorizada.

—No ha sido ese mi propósito —se excusó Mike—. ¡Han sucedido tantas cosas en tan poco tiempo que tenemos los nervios un poco sobresaltados!

Alan se volvió hacia su prisionera y le hizo un signo para que le siguiera.

La comitiva atravesó el jardín y se introdujo nuevamente en el edificio.

—Lo peor del caso es que esta mujer parece no entender ninguna de las lenguas que nosotros conocemos —comentó Danielsen.

—Tal vez se encuentra bajo un estado de sobreexcitación nerviosa que le produce una amnesia momentánea.

—Puede que sea eso, Alan; pero no estoy muy convencido. La palabra que pronunció antes no pertenece a ninguna de las lenguas que se hablan más usualmente sobre la superficie de la tierra.

—Sin embargo, su fisonomía indica que se trata de un ser de raza blanca, aunque resulta desconcertante la extraña coloración de su pelo —comentó Danielsen.

De nuevo se habían instalado en el salón y Alan sirvió unos vasos de vino. La muchacha estaba algo más tranquila, aunque seguía encerrada en su obstinado mutismo.

Alan alargó uno de los vasos a la mujer, pero ésta no lo tomó.

Entonces nuestro amigo se bebió el que tenía en la mano izquierda, para indicarle a la muchacha cuál era su pretensión. Esta pareció vacilar un instante y tomó el vaso. Una cariñosa sonrisa de Alan, para animarla, y la joven sorbió el contenido.

— ¿Qué crees que debemos hacer?

—Estoy tan desorientado como tú, Mike. En realidad no veo motivo para llamar a la policía. Cierto que esta mujer ha allanado tu morada y la Ley te protege, pero tampoco ha sido tan grave la cosa como para causar más molestia a la asustada criatura que tenemos ante nuestros ojos. Como tú decías antes, tu experimento no tenía nada de secreto, por lo tanto, la intromisión de esta mujer es una cosa sin importancia.

—Estoy de acuerdo contigo. Lo mejor será decirle que se vaya.

Alan se dirigió a la muchacha e intentó hacerle comprender que estaba en libertad.

—Me parece que no te ha entendido.

Nuevamente volvió a gesticular nuestro amigo y de nuevo recibió la más absoluta indiferencia como respuesta.

—Creo que lo mejor será que salga con ella hacia el exterior de la casa, tal vez así me comprenda. Si consiguiera arrancarle su dirección, yo mismo la llevaría a su domicilio.

Los dos hombres se mostraron de acuerdo con la idea de Alan y éste cogió a la muchacha de las manos y la arrastró suavemente hacia el exterior del edificio.

Ya en el jardín, la mujer pareció comprender el propósito de Alan y caminó tranquilamente a su lado.

Se abrió la puerta de la verja y Alan hizo un signo a la mujer como de que se encontraba libre; ésta le miró a los ojos y pareció no comprender lo que quería indicarle. Alan la arrastró hasta el medio de la calzada y se dirigió de nuevo hacia la entrada principal.

La muchacha quedó inmóvil en mitad de la calle sin decidirse a dar ni un paso.

—Me parece que no comprende nada, pero yo comprendo todavía menos.

—Ya no sé cómo decírselo, Mike.

Ya iba Alan a volver al lado de la muchacha cuando un automóvil se metió en la calle a gran velocidad. Los faros del coche iluminaron la silueta de la mujer, tan extrañamente ataviada que consiguió impresionar al conductor del vehículo. La joven huyó alocadamente ante la inesperada presencia del coche, pero poco después era alcanzada por el mismo, que la derribó al suelo con gran violencia.

Aunque el conductor del coche había frenado, no pudo hacerse con el mismo hasta pasados unos veinte metros.

Alan contuvo un grito y se dirigió a toda velocidad hacia el cuerpo caído en mitad de la calle. En pocos segundos se puso a su lado y lo incorporó sobre sus rodillas. La muchacha había perdido el conocimiento y un hilillo de sangre se escapaba de una herida que tenía en la frente.

— ¡Pronto, Mike, trae mi coche!

Aun no había terminado de pronunciar esta frase cuando el vehículo causante del accidente, haciendo marcha atrás, se colocó a la altura del patético grupo.

—No he podido evitarlo. Ha sido tan grande mi sorpresa que he perdido el control —dijo el conductor del automóvil, a manera de excusa.

Alan cogió el inerte cuerpo de la muchacha y se puso de pie.

¡Llévenos a la primera clínica que encontremos! ¡Pronto!

Danielsen abrió con presteza la portezuela del automóvil y Alan se introdujo en el interior, llevando su delicada carga.

El conductor del coche apretó el acelerador y éste salió disparado hacia el centro de la ciudad.

Unos minutos más tarde se detenían ante una clínica.

Alan subió los escalones que conducían al interior, llevando en sus brazos a la muchacha que todavía no había recobrado el conocimiento.

El médico encargado del equipo de urgencia dio unas órdenes a sus subordinados y, poco después, la joven era introducida en el quirófano, donde se procedía a hacerle un detenido reconocimiento.

Por segunda vez en aquella noche. Alan escuchó el reproche de su conciencia. Aunque su intención era buena, él era el responsable del accidente. La incertidumbre hacía que se agigantara ante sus ojos la responsabilidad que había contraído.

Pon fin salió del quirófano el médico encargado del reconocimiento.

— ¿Es su esposa? —preguntó.

—No... verá usted... se trata de una amiga.

—La cosa no tiene carácter mortal. Hay rotura de dos costillas y una fuerte conmoción. Es cuestión de quince días, pero debe quedar hospitalizada.

Alan rogó al médico que no se escatimara gasto ni molestia alguna en procurar la mayor comodidad a la paciente. Dio su dirección y abandonó la clínica, con la promesa del doctor de que al día siguiente le daría noticias de la mujer que quedaba bajo su



custodia profesional.

CAPITULO IV

Durante varios días Alan recibió las noticias que telefónicamente le comunicaba el doctor que asistía a la extraña muchacha.

Al décimo día de esta situación la voz del doctor adquirió un tono más solemne.

—No quiero que se alarme usted, pero le agradecería que me visitara, al objeto de hablar sobre la paciente que me ha confiado.

— ¿Se ha agravado su situación? —interrogó Alan, con cierto dejo de emoción en la voz.

—La herida de la frente no tenía la menor importancia, y en cuanto a la fractura de sus costillas evoluciona satisfactoriamente. El problema es otro.

— ¿Puedo ir ahora mismo por ahí?

—Se lo ruego. Lo recibiré en el mismo momento en que llegue.

Alan colgó el teléfono y se dirigió presurosamente hacia el garaje, situado en la parte posterior de la espléndida villa que ocupaba y sacó uno de sus automóviles. En pocos segundos se encontró en la calle, sumido en el tráfico de la populosa ciudad.

Las palabras del doctor le habían causado una profunda preocupación. Durante varios días había estado pensando en aquella mujer que tan misteriosamente se cruzaba en su vida. La recordaba temblando entre sus brazos, cuando se abalanzó sobre ella la noche de su frustrada huida. El solo recuerdo de aquella escena lo llenaba de pesadumbre. Su viril personalidad se revelaba contra la idea de haberse portado brutalmente con aquel ser tan delicado. Sentía una imperiosa necesidad de protegerla, de ayudarla, de tranquilizarla.

La hermosa joven había aparecido en circunstancias misteriosas. Su presencia en el laboratorio, el extraño traje con el cual iba equipada, su férreo mutismo, eran detalles que iban perdiendo importancia ante los ojos de Alan. Cuando pensaba en ella solamente recordaba la deliciosa hermosura de su rostro, la suave fragilidad de su cuerpo, que aprisionó durante unos instantes;

el miedo cerval que parecía atenazarla.

Llegó al hospital y se hizo anunciar al médico que trataba a la paciente. Poco después era introducido a un pequeño despacho, detrás de cuya mesa se erguía sonriente la figura del doctor.

—Pase, pase usted.

Alan tomó asiento a una indicación del médico, mientras éste lo hacía a la otra parte de la mesa.

—Le confieso que me ha preocupado su llamada telefónica.

—He dudado durante varios días en tener esta entrevista con usted —dijo el hombre con acento grave—. Las personas heridas por un accidente del tipo que nos ocupa suelen padecer algunos trastornos, generalmente pasajeros, en el sistema neuro-vegetativo. A veces tienen pesadillas durante la noche, en otras ocasiones persiste un síndrome de temor, también hay casos de una ligera pérdida de memoria o de un estado de continuo nervosismo. Generalmente se resuelve la situación en pocos días y el enfermo se recupera rápidamente.

— ¿Le sucede algo de esto a... esta señorita?

—En cierto modo sí, aunque con carácter más grave.

—Está usted consiguiendo preocuparme.

—No tengo más remedio que hablarle como lo hago.

—Lo comprendo y se lo agradezco. Continúe usted, por favor.

—Los primeros días no nos preocupamos de estas cosas. La paciente entró en un estado en el que todo interrogatorio hubiera sido inútil o perjudicial. Atendimos a sus lesiones y la dejamos reposar durante varios días, sin aumentar sus molestias.

El doctor se detuvo un momento y encendió un cigarrillo.

—Como no encontramos ningún documento que acreditara la personalidad de esta mujer y no queríamos, por otro lado, molestarle a usted, ordené que se le hiciera un breve interrogatorio, al objeto de hacer su ficha médica. Nuestro asombro fue grande cuando observamos que esta mujer se negaba totalmente a hablar. Suponiendo que fuese extranjera le dirigimos varias preguntas en distintos idiomas, sin que por ello obtuviéramos mejores resultados. Se limita a mirarnos con ojos desconfiados y eso es todo.

—La hemos sometido a unas pequeñas pruebas psiquiátricas, con un resultado sorprendente. Si nuestros aparatos no funcionan mal, su capacidad mental resulta ser unas diez veces superior a la de cualquier hombre que estuviera por encima de la mentalidad común, un sabio, por ejemplo. No conocemos ningún otro caso, y si los hay serán escasísimos, de un índice mental semejante. También nos ha extrañado la asombrosa coloración de su pelo, que si bien

es cierto que la embellece extraordinariamente, no lo es menos que no puede ser atribuido a ninguna raza humana.

Esta es la situación. Por su extraña indumentaria hemos deducido que se trata de alguna persona especializada en trabajos de laboratorio, lo cual podría justificar su índice mental; tal vez sea un genio, pero el hecho que más nos preocupa es su estado psíquico.

— ¿Y se va recuperando del atropello?

—En ese aspecto no hay nada que temer, incluso diría que su restablecimiento es asombroso. En diez días se han soldado sus huesos sin que quede la menor huella del lugar de la rotura.

—Le agradezco, doctor, que se hayan esmerado ustedes.

—No, no tiene usted nada que agradecerme. Yo he seguido una técnica normal y corriente; la perfección en el resultado todavía sigue siendo incomprensible para mí. El tejido óseo se ha regenerado tan naturalmente como pudiera haberlo hecho un trozo de piel. Estoy seguro que el caso será comentado por todos los médicos del mundo.

Alan se encontraba sumido en un mar de confusiones. Aquel hombre pretendería seguramente que él le aclarara algunos aspectos sobre la muchacha, y no sabía qué decirle.

—Aparte de otros problemas, el que más nos interesa en su estado mental. Creemos que la paciente debe ser sometida a un profundo análisis psiquiátrico, al objeto de intentar una recuperación en ese sentido. Ha perdido la facultad de hablar y esto es grave.

— ¿Y dice usted que se ha recuperado físicamente?

—Totalmente. Ahora mismo podría abandonar la clínica si así lo deseara.

Alan siguió haciendo algunas preguntas insubstanciales, al objeto de ganar tiempo. Su mente trabajaba a toda velocidad intentando encontrar una solución al asunto. Si la Dirección de la clínica conocía las extrañas circunstancias que rodeaban a aquella mujer, se vería obligado a dar parte a la Policía. No sabía por qué, pero estaba dispuesto a impedirlo a todo trance.

—El caso es —comentó el doctor— que hemos de tomar una decisión sobre esta mujer. Le ruego que nos comunique usted los datos de su identificación y nos ponga en relación con sus familiares, al objeto de que autoricen el tratamiento oportuno. No teniendo esta mujer dominio de sí misma, nos vemos obligados a depositar la responsabilidad del caso en terceras personas.

El doctor había terminado y miraba con ojos interrogadores y gesto expectante al hombre que tenía frente a sí. Alan tomó la

palabra.

—Siento que mi negligencia haya podido causarle esta preocupación, doctor. La paciente no tiene familiares. Es una investigadora Científica al servicio del laboratorio del profesor Mike Colman.

— ¿Se refiere al famoso físico?

—Exactamente. Sufrió el accidente cuando cruzaba la calle, al objeto de hacer una comprobación a distancia. En cuanto a su mutismo, he de decirle que es de nacimiento.

—Había considerado esa posibilidad, pero me sentía más bien inclinado a rechazarla. Su testimonio me hace cambiar de actitud.

— ¿Podría llevármela conmigo?

—Es preciso llenar algunas formalidades. ¿Si el doctor Colman pudiera pasarse por aquí un momento?

Alan, que conocía perfectamente la poca consistencia de los embustes que había dicho se apresuró a aprovechar la ocasión y dio una llamada telefónica a su amigo. Media hora después entraba Mike en el despacho del doctor.

— ¿Qué te sucede, Alan?

—Se trata de tu ayudante. El doctor quiere que le des algunos datos.

—El doctor Danielsen no es precisamente un ayudante mío, es más bien un colaborador.

—Bueno, tú ya me comprendes.

—Para el caso es lo mismo —intervino el doctor—. ¿Cuál es su nombre?

—Iglú Danielsen.

— ¿Qué edad tiene?

—Unos cincuenta y cuatro años.

— ¿Cómo? —preguntó asombrado el doctor.

- —Ha querido decir veinticuatro años —intervino Alan.

—Oye, Alan ¿qué demonios significa todo esto? ¿Por qué tengo que dar un informe sobre Danielsen? ¿Da dónde demonios te sacas tú que tiene veinticuatro años?

—Siempre has sido un ser completamente ausente de la realidad. No tienes ojos más que para tus endemoniados números. El doctor necesita algunos datos sobre Danielsen, que se encuentra herida aquí —Alan subrayó las palabras— a raíz del accidente de la otra noche. Una vez hecha su ficha la dejará salir.

— ¡Pero...! ¡Ah! Sí, claro. Está claro. Me tenía preocupado que no viniera al trabajo durante tantos días.

Alan dio un suspiro de alivio, mientras el doctor sonreía ante la

clásica distracción de aquel sabio.

—Siento haberle arrancado de sus investigaciones, profesor, pero es un trámite necesario.

Entre Mike y Alan consiguieron improvisar la ficha de la misteriosa mujer.

Media hora después conseguían acomodarla en el automóvil del segundo y emprendían el camino hacia casa.

—Te aseguro que me he visto más sorprendido que un ratón en una ratonera —comentó Mike.

—En toda mi vida junta no he dicho tantos embustes como en esta ocasión —suspiró Alan—. Por un momento creí que lo ibas a echar todo a rodar.

— ¡Si al menos me hubieras avisado de qué se trataba!

—No tuve tiempo. De haberle dicho al doctor las extrañas circunstancias que rodean a esta mujer, se habría visto precisado a ponerlo en conocimiento de la Policía, y eso es algo que deseo evitar a todo trance.

— ¿Y qué es lo que piensas hacer ahora? Yo estoy dispuesto a olvidar el incidente de mi laboratorio; creo que con ello ya hacemos demasiado por esta mujer.

—En primer lugar, querido Mike, pienso proporcionarle un vestido más apropiado que el extraño traje antiradiactivo que lleva. Como tú comprenderás, no puede ir así a ninguna parte.

—En eso tienes razón. Podemos entrar en cualquier tienda y comprarle un par de vestidos.

—Haré algo mejor que eso. Llamaré a Lucy y que ella se encargue del asunto. Lucy es una amiga mía que no tendrá el menor inconveniente.

—De acuerdo. ¿Y luego qué?

Alan tardó en contestar algunos segundos.

—Luego no sé lo que haré. Es un extraño caso el de esta mujer. Su extraordinaria presencia está matizada por un hálito de terror que me impide abandonarla. Quisiera ayudarla, hacer algo por ella.

La muchacha, sentada en el asiento posterior del coche seguía guardando su absoluto mutismo, pero sus ojos se habían iluminado durante unos instantes al escuchar las palabras de Alan.

—Lo que tú dices me parece cierto —replicó Mike—. Todo es misterioso alrededor de esta mujer. Cuando recobró el conocimiento en el salón de mi casa, parecía estar presa de un terrible pánico.

—Ese es el punto que más me preocupa.

— ¿No crees que pueda pertenecer, o estar supeditada, a un clan secreto? Quizá es una espía al servicio de algún país o de

alguna organización.

— ¿Y por qué tenía que arriesgarse, si tu experimento estaba abierto a la curiosidad de cualquier científico de la Tierra, a quien le hubiera interesado?

—Eso es lo que he pensado yo siempre sobre este asunto, pero acabo por desorientarme.

— ¿Y qué clase de organización, o de servicio de espionaje es ése que manda a un agente, ataviado de tan extraña manera, a realizar un servicio para conseguir una información que tú hubieras proporcionado de mil amores?

—Te aseguro que resultan mucho menos complicadas mis ecuaciones diferenciales, que este complicado embrollo.

Los dos amigos continuaron en silencio su camino, hasta llegar a la residencia de Alan.

Ya en el interior, Alan llamó por teléfono a Lucy, a la que encontró milagrosamente en casa. En pocas palabras le expuso su deseo de que fuera a visitarle y poco después hacia su aparición la muchacha.

— ¿Qué santo ha hecho que te acuerdes de mí? —dijo la muchacha a manera de saludo, mientras extendía sus dos manos hacia su amigo.

—Te he llamado porque te necesito, pero antes de que pase a exponerte mi deseo, quiero presentarte al profesor Mike Colman.

La muchacha dirigió su mirada hacia Mike y una amplia sonrisa de agrado se esbozó en sus labios.

—Recuerdo lo que me dijiste en la terraza y veo que tenías razón.

—Hasta hace muy poco yo era un hombre que no mentía jamás —sonrió Alan.

Mike estrechó la mano de la mujer sin entender una palabra de aquel diálogo.

— ¿Y qué es lo que quieres de...?

Lucy se detuvo ante el descubrimiento que acababan de hacer sus ojos. En un rincón de la habitación, y sentada silenciosamente, se encontraba la protegida de Alan.

— ¿Pero qué es eso? ¿Es que ahora te dedicas a hacer tus amistades entre los marcianos?

Alan hizo que se sentara su amiga y él y Mike hicieron lo mismo. Con voz pausada fue explicando a Lucy los principales detalles del extraordinario acontecimiento que le preocupaba.

—No me resigno a abandonarla. Tengo que saber quién es y qué es lo que pretende. Si su actitud obedece a la propia voluntad,

la dejaré marcharse. Si es un enfermo, haré que la atiendan los mejores especialistas, pero si se encuentra bajo los efectos de alguna amenaza, intentaré, con todas mis fuerzas sustraerla a la misma.

—Comprendo perfectamente tu actitud, Alan. Sé que eres un noble muchacho y que harás todo cuanto dices.

Lucy miró de soslayo a la otra mujer, que permanecía indiferente en su rincón.

—Por otro lado —dijo con ironía—, he de reconocer que es preciosa.

—No lo tomes a broma esto —suplico Alan.

—No lo tomo a broma. Alan. Digo simplemente, una verdad que está ante nuestros ojos. Es la mujer más bonita que he visto en mi vida. ¡Para reconocerlo yo! Estoy dispuesta a hacer lo que me pides, pero con una condición.

— ¿Cuál?

—Que esa extraña mujer me dé la fórmula del maravilloso tinte que lleva en su pelo ¡Es magnífico!

— ¿Entonces, aceptas mi encargo?

—Sí. Ahora mismo me llegaré a mi casa y traeré unos cuantos vestidos míos. Aproximadamente tenemos la misma estatura. Una vez que se haya puesto uno de ellos, y si está de acuerdo en venir conmigo, me la llevaré a casa hasta que tú digas qué es lo que hay que hacer.

Lucy se levantó y salió de la habitación, dispuesta a cumplir lo que había prometido.

CAPITULO V

LOS planes de Alan se desarrollaron según había previsto. Lucy se hizo cargo de la muchacha y durante nueve días convivió con ella intentando arrancarla de su mutismo, sin conseguir su objetivo.

Alan intentó por todos los medios encontrar alguna referencia sobre la mujer, pero no consiguió ni el más ligero rastro que pudiera llevarlo hacia su objetivo. Había hecho analizar, secretamente, el tejido de la singular vestimenta que llevaba la desconocida, el día que sufrió el accidente, pero el informe de los técnicos era desconcertante: aunque, hecho con sustancias semejantes a las de la Tierra, era, sin embargo, distinto en su contextura a los elementos que aquí pudieran utilizarse.

Según los químicos, aquel traje estaba confeccionado con un material de nueva invención, cuya constitución molecular resultaba un misterio.

En aquel momento, Lucy y Alan conversaban en el salón de la suntuosa residencia de los padres de ésta.

—Te digo que me resulta completamente desconcertante. No he conseguido arrancarle ni una sola palabra. Obedece todas mis indicaciones y se comporta con corrección, pero no pide nada ni muestra interés por nada. Al parecer, ha aceptado la situación resignadamente.

— ¿Tú crees que se halla aterrorizada?

—Nada de eso. Su actitud es ahora perfectamente tranquila. Muchas veces la observo con disimulo y veo que mira con asombro todo cuanto le rodea. Si ella se percata de que la estoy observando, abandona el lugar que ocupa y prosigue su paseo con aire indiferente.

—Estoy desconcertado y no sé qué hacer.

—Creo que has lanzado sobre tus hombros una penosa tarea.

— ¿Y qué puedo hacer?

Lucy meditó unos segundos antes de contestar.

— ¿Por qué no pones el caso en conocimiento de las autoridades? Ten en cuenta que has contraído una excesiva

responsabilidad. Incluso para ayudarla es necesario que solicites la colaboración de nuestras instituciones.

—Lo haría si supiera a qué atenerme, pero me da miedo el perjuicio que pudiera causarle una actitud mía semejante.

Lucy miró serenamente a los ojos de su amigo.

— ¿Te has enamorado de ella, Alan?

Alan levantó la cabeza sorprendido y miró a su amiga.

—No lo sé, Lucy. No he querido pensar sobre ello aunque creo que algo de eso debe de haber. Te aseguro que no he tenido tiempo de analizar mis sentimientos. Sólo sé que deseo con todas mis fuerzas que nadie le cause ningún daño.

—Te comprendo, Alan. La situación tiene una raíz más honda de lo que puede parecer a simple vista.

— ¡Si al menos ella quisiera hacernos alguna indicación!

—Tal vez no esté lejos ese momento. Al principio era la curiosidad el sentimiento que mostraba; ahora la veo pensativa la mayor parte del tiempo.

— ¿Dónde se encuentra en este momento?

—En el jardín. Allí se pasa la mayor parte del día. Al parecer le gustan las flores. ¿Quieres verla?

—Si me lo permites, lo toaré con mucho gusto.

Alan se levantó y salió al jardín. Deambuló durante unos minutos, hasta que encontró a la muchacha, en un apartado rincón, observando detenidamente un macizo de flores.

Se acercó con paso lento, temiendo asustarla y provocar en ella una actitud de desagrado.

La muchacha levantó la cabeza y permaneció en su sitio mientras Alan llegaba a su lado.

—Quisiera decirte algo, buenas tardes, por ejemplo, pero estoy seguro de que no habrías de entenderme.

—Buenas tardes —contestó la muchacha con una voz muy bien timbrada.

Alan sufrió tal conmoción que por un segundo llegó a creer que estaba soñando. La inesperada respuesta de la muchacha le resultaba tan asombrosa, que quedó con la boca abierta y los ojos desorbitados, como si hubiera visto una aparición. Así pasaron unos segundos, bajo la serena mirada de la muchacha, hasta que pudo articular unas palabras.

— ¡Por fin! Ha sido tan sorprendente escucharla que por un momento creí estar soñando...Yo... yo...

—No te esfuerces, Alan. Comprendo que te hayas llevado una sorpresa.

— ¿Entonces, me conoce?

—Ahora sí.

Alan quedó sin saber qué decir ante las sibilinas palabras de aquella mujer.

—Quería hablar contigo. Ven hacia aquí.

Al decir esto, la muchacha señaló un pequeño banco, semioculto entre el follaje, donde los dos seres tomaron asiento.

Alan estaba tan sorprendido que no se atrevía a iniciar la conversación. Sus ojos miraban insistentemente el delicioso rostro que tenía frente a sí y que ahora se había iluminado por la gracia de unas palabras.

—Sé que estás asombrado. Durante varios días me he encontrado en la misma situación que tú. Tenía que explicarte tantas cosas y desconocía tan por completo vuestro idioma, que preferí guardar silencio.

Aquellas palabras aumentaron la confusión de Alan.

—Confieso que estoy desconcertado, pero sus palabras no contribuyen a disminuir mi desconcierto sino, por el contrario, a aumentarlo.

La muchacha asintió con la cabeza, dando a entender que consideraba lógico lo que decía Alan.

— ¿Cómo dice usted que no conocía nuestro idioma y ahora lo habla perfectamente?

—Es verdad. Desde el primer momento habría podido cruzar algunas frases contigo, pero mi vocabulario era muy limitado durante el primer día.

—Usted comprenderá que no tiene sentido...

—En mi tierra no se emplea la fórmula de tratamiento. Puedes tutearme.

—Usted... Bueno, tú comprenderás que todo lo que estás diciendo no tiene sentido.

—Es preciso que no te asombres tanto por mis palabras. He de revelarte algunas cosas, tan extraordinarias, que tienes que esforzarte por comprender. Durante varios días he vacilado en decírtelas o no. He llegado a la conclusión de que puedo confiar en ti.

—De eso puedes estar segura.

—Lo estoy —la joven hizo una pequeña pausa y luego continuó.

—Primeramente quiero darte las gracias por tu actitud conmigo. De haber denunciado mi caso a la Policía me hubiera sido muy difícil explicarme.

—Eso es lo que yo temía. No me pareces una delincuente y sin

embargo he de reconocer que tu presencia es muy extraña. ¿Por qué entraste subrepticiamente en el laboratorio de mi amigo, el profesor Colman? ¿A favor de quién trabajas? ¿Por qué?

La muchacha posó serenamente sus hermosísimos ojos en los ojos de Alan.

Durante unos segundos guardó silencio, como si estuviera intentando encontrar las palabras con las cuales hacerse comprender. Alan esperaba la respuesta a sus preguntas y un gesto de ansiedad se dibujaba en su rostro.

—No temas. Alan, no soy una delincuente.

—Quiero creerlo así pero ¿por qué entraste, di?

Yo no entré en el laboratorio.

Si asombroso había sido escuchar las primeras palabras de la misteriosa mujer, la última contestación llenaba de estupor a nuestro amigo.

— ¿Quiere decir que la metieron a usted allí dentro?

—-Tutéame, Alan, tutéame —sonrió la muchacha, viendo el nervosismo de su interlocutor.

—De cualquier modo que sea —replicó Alan— Usted o tú, ¿quieres contestar a mi pregunta?

—Estoy haciéndolo. Ni entré ni me llevaron.

Alan no pudo reprimir una exclamación de contrariedad. La situación le resultaba demasiado absurda para poder enfrentarla serenamente.

—Yo soy tu amigo. Creo haberlo demostrado en los últimos días. Tal vez te encuentres mal y necesites la ayuda de un médico. Procura razonar un poco.

—Comprendo que mis palabras te desconcierten, pero son la verdad. Sabía que tu reacción sería ésta y no encontraba modo de decírtelo. No te asombres demasiado por lo que voy a decirte, te prevengo porque sé que te impresionará. Yo no pertenezco a este planeta.

Aquellas palabras llenaron de angustia el corazón de nuestro amigo. Aquel ser de tan dulce apariencia había perdido la razón. Las prevenciones que le había hecho el doctor, eran ciertas. Quizá el golpe recibido cuando la atropelló el automóvil, o quizá antes, no sabría decirlo, había sumido a aquella mujer en una extraña demencia.

La joven observaba detalladamente la reacción de Alan que se reflejaba en su rostro.

—Te he advertido antes de que no te asombrases demasiado. Sé que piensas que mi cabeza no funciona bien, pero es preciso

que me creas. Yo no pertenezco a este mundo, al menos a este mundo que tú conoces.

— ¿Quieres decir que vienes de otro planeta; de Marte o de Júpiter o...?

—Tampoco es eso, Alan. Te ruego que escuches mi relato sin interrumpirme. Si he vacilado durante tantos días es porque sabía que se produciría esta situación, sólo tengo una prueba de lo que digo: ¿qué te parece el color de mi pelo? ¿Has visto nada semejante sobre la superficie del planeta?

—No- conozco ese tinte, pero ello no prueba nada.

No está teñido, Alan. Es mi color natural. Puedo darte unos cabellos para que puedas ordenar su análisis. Una gran parte de los seres que constituyen nuestro pueblo, poseen este cabello.

Por la mente de Alan pasó el informe que le habían dado los químicos, sobre la extraña vestimenta que llevaba la muchacha, la noche del experimento.

— ¡Pero eso es increíble! ¡Todo esto me parece un sueño! Mucho se ha escrito sobre la existencia de seres vivos en otros planetas; mucho sobre la posibilidad de realizar viajes interplanetarios. Nosotros mismos hemos conseguido enviar algunas expediciones a la Luna, pero la cosa presenta grandísimas dificultades, y eso que la Luna está solamente a 384.000 kilómetros de la Tierra. ¡Pero cualquier planeta se encuentra a muchos millones de kilómetros! Y luego hay otra pregunta, ¿cómo es que nadie en la Tierra se ha percatado de la llegada de la nave interestelar?

—Aunque no pertenezco a este mundo, no vengo de otro planeta El país donde vivo se encuentra aquí mismo Al alcance de la mano, pero incorpóreo e impalpable. Mi laboratorio está al lado mismo del de tu amigo Mike; millones de seres viven a pocos centímetros de vosotros. Todo un universo, lleno de vida, se extiende a vuestro alrededor, sobre vuestras cabezas, a través de nosotros mismos.

Eran tan asombrosas las declaraciones de la mujer que Alan había agotado todas las posibilidades de imaginarse cuanto ella quería decirle.

Completamente inmóvil por la asombrosa declaración, escuchaba el relato de la joven y escrutaba su semblante, queriendo descubrir cuanto había de verdad o de locura en sus palabras.

Los ojos del maravilloso ser que tenía delante se mostraban limpios y serenos y sus palabras eran pronunciadas calmosamente.

Si aquella mujer estaba loca se trataba del caso más desconcertante de demencia, pues nada en sus ademanes ni en su voz indicaban la anormalidad.

—Dios —continuó la muchacha, en su Infinita Sabiduría, ha creado este maravilloso conjunto del Universo. Nosotros reconocemos que nuestra pobre mente es incapaz de concebir la Suprema Obra y sólo El ilumina nuestro espíritu según sus designios.

La muchacha hizo una pausa que aprovechó Alan para interrumpir el monólogo.

—Quiero creer que es cierto cuanto dices sobre tu origen, pero reconozco que no comprendo nada. ¿Si no vienes de otro planeta, no procedes de ninguna región de la Tierra, de dónde vienes?

—La clave de este misterio es la cuarta dimensión.

—Algo de eso he oído a los científicos de la Tierra, pero me resulta difícil entenderlo.

—La cuarta dimensión es el tiempo, —explicó la muchacha— pero no el tiempo tal como se entiende generalmente. Cualquier fenómeno requiere un tiempo para realizarse, de forma que cada fenómeno tiene su propio tiempo. Si nosotros lográramos realizar un fenómeno cualquiera, en un tiempo distinto al que le corresponde, habríamos conseguido proyectarlo en una dimensión diferente. Los efectos de una onda luminosa, por ejemplo, se producen en un tiempo determinado; si nosotros concediéramos a esa onda a un tiempo distinto, sus manifestaciones exteriores serían también de una naturaleza distinta. Si la luz tiene la misma naturaleza que un fluido, en sus tres dimensiones, podría adquirir una naturaleza distinta en la cuarta dimensión.

La muchacha se detuvo durante unos segundos para tomar aliento.

—Un ser de dos dimensiones, por ejemplo una superficie, tiene características distintas a un ser de tres dimensiones. Para él es inconcebible la altura. Para un ser de tres dimensiones resulta difícil imaginar la cuarta.

Yo pertenezco a ese otro mundo, un mundo que está mezclado con el tuyo, Alan, donde el tiempo de todos los fenómenos que se suceden es distinto al de tu planeta y hace posible la coexistencia de los dos.

—Tu manera de hablar me induce a creer que tienes razón, aunque mis conocimientos sean muy escasos en la materia.

—Ten la seguridad de que es como yo te digo.

— ¿Y cómo es posible que hayas podido realizar el paso de tu

mundo al mío?

—En parte se debe al experimento de tu amigo Mike.

— ¡Pero si él no pretendía nada de eso!

—Ha sido un colaborador inconsciente. Los hombres de ciencia de mi pueblo conocen el problema. Desde hace muchos años, intentan conseguir el paso de un espacio-tiempo a otro. El experimento de tu amigo completó el que nuestros hombres realizaban infructuosamente. Yo me encontraba al otro lado del muro del tiempo, colaborando con nuestros hombres de ciencia. Un pequeño accidente determinó que fuera en mi persona donde se realizara el milagroso paso.

La muchacha guardó silencio y Alan continuó inmóvil, como petrificado. A pesar de que la temperatura no era calurosa, tenía la frente bañada por el sudor. Era tan asombroso lo que acababa de escuchar que tenía la sensación de no ser él mismo el que lo había escuchado.

—No sé qué decir. Estoy tan asombrado que pienso que voy a despertarme de un momento a otro.

—Yo misma estoy asombrada. A pesar de que llevo varios años participando en estos experimentos, apenas si podía dar crédito a mis ojos en cuanto me desperté en el salón de la casa de Mike. Al principio creí estar en manos de los kaonitas, por eso intenté escarpar. Lentamente se fue haciendo la luz en mi cerebro y acepté la situación.

Durante varios días he meditado la confesión que acabo de hacerte. Nuestro cerebro está evolucionado, de tal forma, que es capaz de captar el fondo ideográfico del de otro ser cualquiera. Esto me ha permitido captar, en unos días, vuestro lenguaje y la generalidad de vuestra civilización.

—Ahora recuerdo que el doctor me dijo que tu capacidad mental era unas diez veces superior al índice mental de cualquier terrestre.

—Esa es mi historia —concluyó la muchacha —. Sólo, me falta decirte que mi nombre es Kalun.

Los dos seres guardaron silencio durante algún tiempo, Alan intentaba asimilar cuanto le había dicho Kalun despejando la perplejidad en que estaba sumido.

—He de reconocer que no sé qué actitud adoptar. Tú paso hasta nuestro mundo me crea problemas que no sé cómo resolver. ¿Qué decir de ti para que adquieras una personalidad legal en nuestro planeta? Estoy seguro de que si contamos estas cosas a la policía acabaremos recluidos en un manicomio. Tal vez lo mejor será ponernos en contacto con los principales hombres de ciencia de

nuestro país y comunicarles el extraordinario acontecimiento.

Kalun miró a su amigo, sin mostrar el menor entusiasmo ante la idea.

En mi mundo los hombres están a punto de extinguirse. En tiempo no muy lejano comunicaremos a todo el mundo el extraordinario acontecimiento, pero ahora todavía tengo que hacer muchas cosas.

— ¿Qué es lo que tienes que hacer?

—Como te he dicho antes, mi pueblo lleva cientos de años intentando este experimento, sin encontrar la fórmula adecuada. Yo pertenezco a una raza que está a punto de extinguirse. En mi mundo los hombres más materialistas y feroces son los dueños. Mi pueblo es perseguido despiadadamente y se ve obligado a vivir oculto. Somos un pueblo de inteligencia superior, pero la fuerza bruta se ha impuesto y se nos aniquila donde quiera que se nos encuentre. Ya no quedamos más que algunos miles. Vivimos en lugares recónditos de nuestro mundo, ocultos a las miradas de nuestros feroces enemigos. Cuando nos descubren realizan con nosotros una feroz matanza, y solo sobreviven los que consiguen escapar.

—Es muy lamentable eso que me dices, Kalun, ¿pero qué podemos hacer nosotros? Tú has dejado de pertenecer a ese mundo. Tus temores han terminado.

—No, Alan. Quiero volver de nuevo a mi mundo, quiero explicar a los hombres de ciencia de nuestro pueblo la parte del experimento que ellos no conocen. Tu amigo Mike me informará sobre su experimento, para que yo pueda llevar la información precisa a la otra parte del muro del espacio-tiempo.

—Pero mi amigo Mike no tenía la menor idea sobre los inesperados efectos de su experimento sobre la condensación de la luz.

—Es lo mismo. Me bastará saber detalladamente cuanto hizo para encajar esa pieza en el rompecabezas.

—Si no lo he entendido mal, tu paso de un mundo a otro se ha producido merced a una combinación del experimento de mi amigo y del que vosotros realizabais ¿cómo quieres atravesar el muro del espacio- tiempo con sólo la intervención del profesor Colman?

—Los hombres de mi pueblo no se habrán sorprendido con mi desaparición. Ellos saben que, al fin, hemos conseguido lo que pretendíamos.

Tal vez se encuentren un poco desconcertados, al intentar reconstruir el proceso; pues ellos ignoran que a la otra parte del

muro del espacio-tiempo existe un mundo muy parecido al nuestro. Intentarán realizar de nuevo la experiencia, lo intentarán mil veces; si el experimento del profesor Colman, coincide con una de las pruebas que se hagan en mi pueblo el muro del espacio-tiempo volverá a abrir sus puertas. Mis conocimientos me permitirán actuar desde esta parte para ser yo quien vuelva a mi mundo.

Alan había decidido no asombrarse más y discutió el problema con Kalun, como si se tratara de organizar una cacería o una expedición al Monte Everest.

Después de largo rato de conversación, decidieron poner en conocimiento de Mike y Danielsen el fantástico asunto.

CAPITULO VI

Mike se pasó la mano por la frente, como queriendo ahuyentar un extraño sueño.

Durante todo el tiempo que duró el relato de Kalun, tanto él como Danielsen escucharon sin interrumpir ni una sola vez.

Alan había preparado la entrevista y tuvo que poner en juego todo su prestigio para que los dos hombres le dieran crédito.

La intervención de Kalun fue precedida de algunas exposiciones científicas que asombraron a los dos sabios. Varios problemas que esperaban solución en la Tierra, desde hacía muchos años, fueron aclarados por la muchacha ante el asombro de los dos profesores. La personalidad científica de Kalun sobrepasaba, según Mike y Danielsen, en mucho, a la de los mejores hombres de ciencia de nuestro planeta.

Así pues, cuando Kalun comenzó su relato, los dos hombres escucharon en respetuoso silencio la asombrosa revelación.

— ¡Es el descubrimiento científico más grande que pudiera imaginar! Hubiéramos tardado cien mil años en llegar a una conclusión semejante —comentó Mike.

—Doy gracias a Dios por haberme hecho participar de esta asombrosa revelación —dijo Danielsen—. En dos horas de charla he aprendido más que durante toda mi vida dedicada a la ciencia.

— ¿Y dice usted que cree posible realizar el paso nuevamente?

—Sí —contestó la muchacha—. Estoy segura de ello. Ha sido su experimento el que ha puesto la pieza que faltaba. No sé concretamente qué es lo que ustedes hacían pero tengo la esperanza de que cuando ustedes me comuniquen detalladamente en qué consistió su prueba, llegaré a la comprensión total del asunto. Sí es así intentaremos realizar nuevamente esa experiencia, con la esperanza da coincidir con la que llevan por su parte los hombres de mi pueblo. Si consigo pasar el muro del espacio-tiempo, comunicaré a los míos la parte que ellos desconocen.

— ¿Y volverás nuevamente con nosotros? —preguntó Alan con

un leve timbre de angustia en la voz.

Kalun miró a su amigo y quedó en suspenso durante unos segundos. Una leve sonrisa iluminó sus maravillosos labios y contestó:

—Sí, Alan. Volveremos. Los seres de mi raza se van extinguiendo. Aunque nuestra capacidad es muy superior a los hombres de Kaón, su fuerza es tal que resulta imposible luchar contra ellos. Sólo quedamos unos diez mil. Yo quisiera solicitar de los gobiernos de vuestro mundo que, en caso de conseguir realizar un experimento colectivo, aceptaran nuestro paso a este mundo. Somos gente pacífica; nuestros conocimientos científicos están muy por encima de los vuestros. Nuestra integración en este mundo sería beneficiosa para toda la humanidad.

—Tenga la seguridad, señorita —dijo Danielsen—, que no habrá el menor inconveniente en ello. Por mi parte puedo asegurarle que el Gobierno de mi país aceptaría con sumo agrado semejante contingente humano.

—Lo que dice el profesor Danielsen es cierto —intervino Alan—. El Gobierno norteamericano concede todos los años la entrada a miles de ciudadanos de otros países Con mayor razón lo haría por seres venidos en tan extraordinarias circunstancias y poseedores además de tan alto nivel científico.

—Eso no merece ni discutirse —aseguró Mike—. Todos los pueblos de la Tierra estarán dispuestos a recibir tan extraordinario contingente. Yo mismo solicitaré de nuestro Gobierno que nos apoye en semejante misión. Incluso pediré ayuda para delimitar la zona, si es que puede delimitarse, donde se pueda realizar semejante paso colectivo.

Los ojos de la muchacha demostraron mejor que sus palabras la gratitud que sentía hacia sus nuevos amigos

—Lo que interesa ahora es que veamos las posibilidades de que realicemos el experimento a la inversa. La sola idea de ese prodigio tiene mi corazón sumido en una terrible ansiedad.

—Tranquilícese, profesor Danielsen. Primeramente tengo que recoger los datos necesarios para intentar componer el rompecabezas.

—Yo estoy dispuesto a dárselas detalladamente. Incluso, podemos realizar varias pruebas.

—Gracias, profesor Colman. Estoy segura de que daremos con el quid de la cuestión.

—Podernos llamar en nuestro auxilio al famoso matemático doctor Kutz; también puede colaborar con nosotros mi amigo, el

físico Heinz Teyer, y Tolmany, Navarro, el creador de la teoría circular de los números; y Dumoriez...

—No siga, profesor. Tal vez sea perjudicial el dar demasiada publicidad al asunto.

— ¡Pero querido Mike! ¡Usted no se da cuenta de que nos encontramos ante el acontecimiento científico más grande de todos los tiempos! Debemos hacer partícipes a los principales hombres de ciencia de la Tierra.

—Tiene razón el profesor Colman —intervino Kalun—. El exceso de publicidad puede perjudicarnos. Tenga en cuenta, profesor, que estoy intentando desesperadamente salvar de la muerte a lo que hoy queda de mi raza.

—Lo comprendo, Kalun. Sin embargo, insisto en que es preciso comunicar tan extraordinario acontecimiento a los grandes hombres de ciencia de la Tierra. El bien común de los conocimientos humanos se ha acrecentado con el aporte de todos, y sus frutos deben ser recogidos por la colectividad.

—No me opongo a lo que usted dice, profesor; quiero simplemente que tenga éxito el experimento, Creo que debemos realizarlo solos y, una vez que yo haya atravesado el muro del espacio-tiempo, ustedes quedarán en plena libertad para comunicar tan transcendental hecho a sus colegas. Incluso les ruego que lo hagan. Será necesaria la colaboración de todos para conseguir el feliz paso de mi pueblo. Tengan en cuenta que procederemos a ciegas, que no es posible la comunicación entre un mundo y otro, que no tendremos referencia ninguna que pueda unirnos. Nuestro tiempo es distinto al tiempo de este mundo. Sólo el recuerdo servirá de lazo de unión entre los dos grupos que operen.

Danielsen reconoció la certeza de las palabras de

Kalun y aceptó las condiciones que se proponían.

Los cuatro personajes convinieron en hacer el experimento, sin dar publicidad ninguna. Mike y Danielsen. se encargarían de dar todos los datos necesarios, para que Kalun los grabara en su mente Llegado el momento realizarían la experiencia, hasta coincidir con el equipo que laboraba a la otra parte del invisible muro.

* * *

Durante varios días, Kalun, Mike y Danielsen trabajaron intensamente por imponer a la muchacha en todas las cuestiones que afectaban a su propósito Cuando ésta se dio por enterada decidieron realizar una prueba.

Aunque todo se realizó tal y como se hizo la primera vez, el

resultado fue totalmente negativo. Por tres veces consecutivas intentó Mike la condensación de la luz, con un resultado totalmente satisfactorio, pero la ansiada comunicación, a través del espacio-tiempo, no se produjo.

En aquellos instantes Kalun y Alan paseaban en silencio, uno al lado del otro, por el jardín de la finca de Mike.

Alan no encontraba palabras necesarias para consolar a la muchacha.

—Ten la seguridad —dijo por fin—, que siento lo que te sucede como si se tratara de un problema puramente mío.

Ya lo sé, Alan. Todos sois muy buenos y sé que hacéis cuanto está al alcance de vuestra mano.

—Estoy seguro de que acabaréis dando con el procedimiento.

—Algo nos ha fallado.

—Sin embargo, Mike, consiguió condensar la luz todas las veces

—Teóricamente veo la cosa clara. Cuando Mike condensa la luz consigue cambiar el tiempo de la misma, ese es el punto de conexión entre los dos mundos. Sin embargo hay algún detalle que impide que se realice el fenómeno que deseamos. Es algo que se me escapa entre los pliegues de la preocupación que siento por los míos. Mi cerebro no rinde lo que es habitual en él. Piensa lo que supone sentir que a mi alrededor, como impalpables fantasmas, los seres de mi raza sufren bajo la persecución de los hombres de Kaón. Estamos entreviendo la posibilidad de acabar con ese tormento, que dura ya muchos siglos, y, sin embargo, la solución se nos escapa de las manos cuando ya la tocamos con la punta de los dedos.

—¿Crees posible que a la otra parte de eso que llamáis «el muro del espacio-tiempo», los hombres de tu raza hayan cesado de experimentar?

—Eso es lo que me preocupa. Estoy segura de que no habrán cesado ni un solo instante en continuar la experiencia, a no ser que...

—¿Qué? —preguntó Alan con ansiedad.

—A no ser que hayan sido descubiertos por los hombres de Kaón, y exterminados.

El tono en que pronunció la muchacha sacudió a Alan en un escalofrío.

—Ten esperanza, Kalun.

—Yo recuerdo mi existencia errante, desde la niñez. Nos vemos obligados a huir constantemente, a escondernos en las cavernas, como los hombres primitivos. Hemos creado ciudades debajo del

mar y han sido destruidas por los hombres de Kaón. Hemos perforado profundos túneles en la montaña y hemos sido descubiertos, y cada vez que hemos entrado en contacto con esa raza maldita, hemos sufrido una despiadada matanza. Nuestra inteligencia es muy superior a la suya, pero ellos tienen la fuerza.

—¿Y no habéis conseguido producir armas capaces de frenarlos?

—Teóricamente las tenemos, pero no disponemos de las materias y los medios necesarios para fabricarlas. Imagina lo difícil que es esconder diez mil seres a los ojos de un mundo hostil y superpoblado; todo nuestro esfuerzo se agota en esa sobrehumana empresa. Nuestros estudios sobre la cuarta dimensión nos hicieron concebir la esperanza de acabar de una vez con nuestra tragedia. Nuestro laboratorio fue construido con paciencia a lo largo de muchos años. La solución está cerca, pero todavía demasiado lejos de nuestro alcance.

Alan comprendía toda la magnitud de la tragedia de Kalun, pero era incapaz de llevar el menor consuelo a su corazón.

—No desesperes; de un momento a otro encontraréis la solución al problema. La historia de la Ciencia está plagada de casos en que se demuestra que sólo la perseverancia da la llave del triunfo. Todo es cuestión de tiempo.

Kalun iba a responder cuando segó a flor de labios sus palabras. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y parecieron mirar hacia un punto recóndito. Fue tal la sorpresa de Alan que llegó a inquietarse.

—¿Te sucede algo?

—¡Esa es la clave! Sin querer has dado con la solución del problema. ¡Todo es cuestión de tiempo!

—No te comprendo.

—Es el tiempo lo que nos falla. El paso de un mundo a otro se realiza en una millonésima de segundo. Debemos continuar el experimento hasta coincidir con los que actúan a la otra parte del muro del espacio tiempo El paso se producirá cuando en esa fracción, infinitamente pequeña de tiempo, coincidan los tiempos de ambas partes.

Aunque Alan no comprendía muy bien, se percataba de que lo que decía la joven debía ser la solución del problema.

—Vamos a ver a Mike y Danielsen. Estoy segura de que coincidirán conmigo.

Poco después se encontraban ante los dos profesores y Kalun hacía una exposición de su hallazgo.

—¡Exacto! Creo que ahora nos encontramos en el verdadero camino —comentó Danielsen con entusiasmo—. Los dos tiempos distintos que determinan la existencia de dos mundos, sólo pueden tener breves momentos de contacto. Hay que acertar uno de esos instantes.

—Debemos sostener la duración de nuestro experimento todo el tiempo que sea posible —indicó Mike—, hasta conseguir la conexión.

—Yo estoy dispuesta a comenzar de nuevo. Cuando ustedes quieran reanudaremos nuestro intento.

—Dejarlo para más tarde sería una tontería —exclamó Danielsen—. Por mi parte estoy dispuesto a reemprender la tarea ahora mismo.

—Todo está dispuesto para ello. Vamos allá —concluyó Mike.

Con paso febril se dirigieron al laboratorio y pusieron en marcha la red de complicados mecanismos.

Según las conclusiones que habían sacado en pruebas anteriores, el ser que intentase atravesar el muro de espacio-tiempo tendría que hallarse envuelto por un haz luminoso, que estuviera en contacto con los rayos sometidos a la condensación.

Entre Mike, Danielsen y Kalun habían ideado el procedimiento para conseguir esto: un gran haz de rayos de luz solar se introducía en el laboratorio, bifurcándose en dos haces más pequeños, uno que penetraba en la complicada red de aparatos que servían para la condensación, y el otro, que se reflejaba en un espejo inclinado y que bañaba una pequeña plataforma de plástico, sobre la cual se situaría el ser que tuviera que sufrir los efectos de la operación, el punto de contacto entre los dos haces se encontraba al borde del espejo, en el sitio de la bifurcación.

Con gestos rápidos, que las anteriores experiencias habían hecho firmes y seguros, se fueron conectando las distintas fases del delicado procedimiento.

—Electro-imán en marcha —ordenó Mike.

Danielsen giró el pequeño volante y el sordo zumbido del poderoso electro-imán llegó hasta los oídos de los cuatro amigos.

El haz luminoso fue adquiriendo su curvatura hasta introducirse por los finos tubos que lo conducían al interior de la esfera.

—Todo listo. Preparados.

Kalun avanzó unos pasos y se situó encima de la plataforma de plástico. Ya alargaba Mike su mano hacia la palanca que pondría en marcha la explosión atómica, cuando la voz de Alan lo detuvo.

—Espera un momento, Mike.

—¿Qué sucede?

Alan no contestó a la pregunta de su amigo y avanzó unos pasos hasta subirse a la plataforma donde se encontraba Kalun.

—Tal vez consideras una tontería lo que voy a decirte, Kalun. Sé que no son estos momentos los más apropiados, pero no puedo dejarte marchar Quiero correr la misma suerte que tú corres, quiero estar a tu lado. No me resigno a la posibilidad de perderte. Quiero ir contigo.

Kalun levantó los ojos hacia su amigo y una dulce sonrisa iluminó sus labios.

—Deseo tanto que hagas lo que acabas de pedirme que no vacilo en aceptarte como compañero, aun a pesar de todos los peligros.

Alan abrazó suavemente a la muchacha y depositó en sus maravillosos cabellos un beso.

—Ahora estoy seguro de que todo saldrá bien. Dios nos ayudará.

La escena resultaba patética en su sencillez. Mike y Danielsen habían guardado un respetuoso silencio ante aquellos dos seres que ponían de manifiesto en aquel instante el sentimiento más hermoso que puede anidar sobre la superficie del planeta.

—Mike, yo voy con Kalun. Supongo que no hay inconveniente.

Mike quedó pensativo durante unos instantes.

—No lo hay, Alan. Si el experimento resulta, igual da que se haga con una persona que con varias. Yo también voy con vosotros.

—¿Pero qué es esto? —terció Danielsen—. ¿Es que piensan dejarme a mí solo?

Kalun lanzó una radiante sonrisa a Mike. Su corazón atormentado por tantos años de sufrimientos sentía la recompensa de aquella solidaridad humana.

—Yo te agradezco tus palabras, Mike, pero no debo consentir que corras este riesgo. En Alan es distinto, pues el amor también tiene sus derechos, e incluso el derecho a sacrificarse por el ser amado.

—También es amor lo que a mí me lleva. Mi único, mi grande amor es la Ciencia. Ningún científico desaprovecharía la oportunidad de atravesar el muro del espacio-tiempo, de lanzar una mirada a la otra parte de nosotros mismos. ¡Es la ocasión única de mi existencia! Preguntadle al profesor Danielsen si no son ciertas mis palabras.

—Tiene razón el profesor Colman —dijo el aludido—. Yo mismo

daría lo que me resta de vida por conseguir tomar parte en esa maravillosa aventura. Sin embargo —su voz tomó un tono de resignación—, ya sé cuál es mi papel. Alguien tiene que manejar estos instrumentos, alguien tiene que quedarse aquí.

Las palabras de Danielsen conmovieron a los tres amigos. Kalun, en un gesto espontáneo, avanzó unos pasos y depositó un cariñoso beso en la mejilla del profesor.

—Bien pensado, es la suya la peor parte. No lo olvidaré nunca.

— ¡Todo el mundo a sus puestos! —ordenó Danielsen con voz que apenas pudo ocultar su emoción.

—No olvide nuestro plan, profesor.

—No lo olvidaré, Mike. Si el experimento sale bien me pondré en comunicación con el Gobierno y le expondré el caso. Tendré que recurrir a todo mí poder de persuasión para que no me pongan una camisa de fuerza; luego me pondré en contacto con los más importantes hombres de ciencia del mundo y solicitaré su colaboración y su presencia para el asombroso retorno de ustedes. A continuación realizaremos el experimento durante diez horas todos los días, que es toda la capacidad que tienen nuestros aparatos, en espera de un feliz resultado.

—Estoy segura de que podemos confiar en usted.

Los tres amigos volvieron a situarse en la plataforma de plástico y sus cuerpos quedaron bañados por el haz luminoso que desviaba el espejo. Con los labios apretados y los músculos tensos esperaban el misterioso acontecimiento, como seres humanos convertidos en estatuas de piedra.

Danielsen fue bajando lentamente la palanca de contacto para la explosión atómica.

—En este momento ha comenzado la reacción nuclear —comunicó en voz alta.

Alan no pudo contenerse y pasó un brazo por los hombros de Kalun, a la atrajo hacia sí. La muchacha se sintió confortada por aquel gesto y una pálida sonrisa se asomó a sus delicados labios.

Mike procuraba concentrar toda su atención en lo que iba a suceder. Su mente científica intentaba captar hasta los menores detalles del colosal experimento. Kalun le había dicho que su paso de una dimensión a otra lo había realizado en plena inconsciencia, pero Mike estaba dispuesto a permanecer lo más despierto posible, para grabar en su memoria todos los detalles que pudiera observar. Jamás a ningún hombre de ciencia le había sido concedido el extraordinario privilegio que él intentaba experimentar.

Danielsen observaba detenidamente los instrumentos de control

y hacia anotaciones en su pequeño bloc que llevaba en su mano izquierda.

—La luz está llegando al límite de su condensación.

El tiempo fue pasando y todos permanecían en una franca tensión nerviosa, sin que aconteciera nada.

Los segundos se trasformaron en minutos y una larguísima hora puso a prueba los nervios de aquellos seres.

—No sé si será conveniente continuar la experiencia durante un tiempo tan prolongado. Quizá sería mejor que nos detuviéramos durante unos instantes.

— ¡Continúe, profesor! —rogó Kalun con voz excitada—. Tal vez se acerque el momento. Una interrupción podía dar al traste con todo.

—De acuerdo —dijo Danielsen—. Prolongaremos la situación durante media hora más. Luego será forzoso detenernos un instante, pues los aparatos se están calentando demasiado.

No había acabado de pronunciar estas palabras el profesor Danielsen, cuando un extraño zumbido fue creciendo de tono en su cerebro. Sus ojos fueron nublándose y sintió que una profunda oscuridad le rodeaba, un segundo después caía al suelo sin conocimiento.

Cuando abrió los ojos no sabría decir el tiempo que había transcurrido. Todo en el laboratorio estaba en orden, pero Kalun, Alan y Mike habían desaparecido.

Con penoso gesto se puso en pie. Lanzó una mirada circular por todo el recinto y se quedó inmóvil junto al condensador de luz. A pesar de que había estado esperando aquel momento no por ello se encontraba menos asombrado. Por fin fue dueño de sus movimientos. Con trémulo paso comenzó a caminar por el laboratorio poniendo en acción los diferentes instrumentos que darían punto final a la experiencia.

Cuando hubo terminado no quiso ni subir al salón de la planta superior.

Se sentó en el suelo y apoyó su espalda en la pared.

— ¡Dios mío! —exclamó.

CAPITULO VII

Alan comenzó a despertar lentamente. Comenzó a tener conciencia de sí mismo pero todavía se encontraba imposibilitado de hacer movimiento alguno. En el fondo de su cerebro se iluminaba una extraña sinfonía de colores. Luces verdes, azules, rojas, iban devanándose en una madeja multicolor. Sintió que se encontraba tendido en el suelo; intentó levantarse pero una extraña fuerza tiraba de él, imposibilitándole todo movimiento. A veces le parecía hundirse en un abismo sin fondo y en otras ocasiones sentía la misma sensación que la de un hombre que emergiera hacia la superficie del mar.

Hizo un esfuerzo y consiguió abrir los ojos, luego se incorporó y quedó sentado en el suelo.

Un mundo fantástico se mostró a sus ojos. La tierra sobre la que se encontraba era de color rojo sangre y sobre un cielo amarillo lucía espléndidamente un fantástico sol rojo, que teñía con su extraña luz los contornos de todas las cosas. Las sombras que proyectaba aquel sol eran de un amarillo intenso, lo cual daba al paisaje un mayor acento de irrealidad.

Sacudió la cabeza y pretendió apartar las brumas que inundaban su cerebro. A su mente acudieron con lentitud los detalles del último acontecimiento que había vivido. Su corazón comenzó a latir apresuradamente. Con rápido movimiento se puso en pie y lanzó una mirada circular en derredor suyo.

Kalun y Mike se encontraban en el suelo a pocos pasos de distancia.

Alan se acercó a la muchacha y cogió con cuidado su cabeza. Kalun respiraba acompasadamente como si estuviera sumida en un profundo sueño.

—¡Kalun, Kalun! —llamó suavemente Alan.

La muchacha continuó sumida en su inconsciencia y Alan la abandonó suavemente para dirigirse hacia su amigo.

Mike comenzaba a removerse en aquel momento. Sus ojos se abrieron y una expresión de asombro iluminó su cara.

—Debo estar soñando —murmuró para sí.

—¡Mike! ¿Te encuentras bien?

—¡Alan! ¿Es cierto todo esto que estoy viendo? ¿Qué demonios ha pasado? Creo que voy a despertarme de un momento a otro.

—Hemos conseguido atravesar el muro.

—¿De qué hablas? Qué muro ni... ¡Ya recuerdo! Es cierto lo que dices, Alan. Nuestro experimento ha salido bien. Estoy asombrado.

Mike miraba con asombrados ojos los fantásticos detalles que le rodeaban.

—¡Son rayos infrarrojos! ¡Este sol emite rayos infrarrojos!

—Debemos preocuparnos de Kalun. Todavía no ha recobrado el conocimiento.

Los dos amigos se acercaron a la muchacha e intentaron reanimarla.

— ¡Qué lástima que no tengamos un poco de coñac!

—Ya parece que va volviendo en sí.

La muchacha comenzaba a moverse y un débil gemido se escapaba de su garganta.

—Kalun, despierta. Soy Alan. Despierta

Mientras Alan intentaba ayudar a la recuperación de Kalun, Mike había levantado la cabeza y parecía captar con el oído algún inaprensible sonido. Volvió la cabeza y dio un pequeño grito de estupor.

—Alguien viene hacia aquí.

Alan miró en la dirección señalada por su amigo y vio que un grupo formado por diez o doce hombres, extrañamente vestidos, se aproximaba hacia ellos.

—Me parece que vamos a tener dificultades, Alan.

—Su aire no parece muy pacífico —comentó Alan, sin apartar la vista del grupo de hombres que se acercaba.

Aquellos seres iban vestidos con un extraño traje negro que se ceñía totalmente a su cuerpo, desde la garganta a los pies. Su cabeza iba tocada con un ligero casco de materia transparente, que dejaba ver el color acusadamente rojo de su pelo. Cada uno de aquellos hombres llevaba en sus manos un extraño artefacto, que tal vez pudiera catalogarse como un arma. Su paso era tranquilo y decidido.

—Indudablemente vienen hacia aquí.

—¿Qué hacemos, Alan?

No podemos hacer nada. Kalun todavía no se ha recuperado.

En aquellos momentos la muchacha abrió los ojos.

—Alan —murmuró con un hilillo de voz.

— Estoy aquí Kalun, todo ha salido bien.

La muchacha, incorporada por Alan, reclinó su cabeza sobre el pecho de éste.

Los hombres de la extraña comitiva se acercaron al grupo y lo rodearon en silencio. Sus ojos miraban con curiosidad a aquellos seres, mientras hablaban entre sí en un extraño idioma.

Kalun no pudo reprimir un pequeño grito de angustia. Sus ojos miraban desorbitadamente a los recién llegados y un escalofrío de terror le sacudió el cuerpo.

Uno de los hombres dio un grito y señaló con su dedo el pelo de Kalun.

—¡Son hombres de Kaón! —dijo la muchacha con voz sobresaltada.

Alan y Mike se pusieron en pie, como electrizados, con el tiempo justo para rechazar el asaltó de aquellos hombres, que habían abandonado su actitud pasiva para lanzarse al ataque.

Alan recibió a su primer adversario con un poderoso puñetazo, que lo derribó en el suelo. Dos más se abalanzaron sobre él, pero una hábil zancadilla consiguió derribar a uno de ellos mientras que el otro salía volteado por el aire, merced a una vigorosa presa de lucha

Mike sufría el ataque de dos enemigos, manteniéndolos a raya gracias a una hábil esgrima de boxeo.

—¡Procura mantenerte en pie, muchacho. Si caemos al suelo estamos perdidos —le gritó Alan.

Durante más de un minuto continuó el feroz combate ante los ojos despavoridos de Kalun.

Uno de los hombres, que había sido derribado por Alan, cogió la extraña arma que llevaba en sus manos y la dirigió hacia Mike, que en aquel momento se encontraba un poco distanciado de sus adversarios. El hombre apretó el gatillo y un zumbido vibrante de metálico tono hirió los oídos de los combatientes. Mike detuvo en el aire su puño y fue aflojando sus músculos hasta desplomarse en el suelo.

Alan redobló su esfuerzo desesperadamente. La idea de que hubieran podido matar a Mike centuplicaba sus fuerzas. Como una tromba cayó sobre el grupo de sus adversarios y comenzó a repartir certeros golpes, que caían como rayos fulminantes sobre los cuerpos de sus enemigos. El grupo que acosaba a Mike dirigió su actividad hacia Alan y la lucha adquirió caracteres de gran ferocidad. Los hombres rodaban por el suelo, a cada instante, pero Alan iba perdiendo sus fuerzas, ante el acoso de tan crecido

número de enemigos.

Un paso falso y dobló la rodilla derecha. Mientras intentaba incorporarse, uno de los hombres del grupo dio una seca orden en su extraño idioma y todos los demás se apartaron de Alan. El que había dado la orden apuntó hacia éste su arma y, apretó el gatillo. Un nuevo zumbido metálico, que se prolongó durante varios segundos, rasgó el aire.

Alan sintió que se le oscurecía la vista. Intentó asirse desesperadamente a cualquier sitio y poco después cayó al suelo.

Cuando Alan recobró el conocimiento se encontró metido en un extraño recinto. Se trataba de una esfera, al parecer de cristal, que tendría unos seis metros de diámetro. La parte sobre la cual se asentaba en el suelo era plana y estaba provista de algunos utensilios de extraña forma y color.

Kalun y Mike estaban a su lado y comenzaron a recobrar el conocimiento.

—¡Dónde demonios estamos! —gruñó Mike—. Juraría que nos atacó una legión de diablos.

Kalun, que había conseguido incorporarse, se abalanzó en brazos de Alan y ocultó la cabeza en su pecho,

—¡Son los hombres de Kaón! ¡Nos han hecho prisioneros!

—Tranquilízate. Todavía no está todo perdido.

—¡Oh, Alan! Tú no los conoces. Nos matarán, pero antes intentarán torturarnos.

—Quizá consigamos convencerles. Venimos de otro mundo. Les comunicaremos nuestro hallazgo que por fuerza habrá de interesarles.

—No, Alan, no. Nada de lo que podamos decirles conseguirá dulcificar su actitud.

Kalun había recobrado la serenidad y hablaba con voz firme y decidida.

—Prométeme que no les dirás nada. Si tenemos que morir, moriremos; pero que no se enteren de nuestro descubrimiento. Quiero que mi raza tenga la oportunidad de poder abandonar algún día este mundo dominado por el terror y el odio. Si los kaonitas consiguieran atravesar el muro del espacio-tiempo tu mundo se vería invadido y condenado a la destrucción. Prométeme que no les dirás nada.

—Está bien. Si ese es tu deseo, lo haré así.

—¿Y quiénes son esos hombres?

—Son hombres de una raza inferior, cuyos instintos se inclinan naturalmente hacia el mal. Hubo un tiempo en el que este mundo

fue gobernado por los hombres de mi raza. Mi pueblo fue la consecuencia de una selección realizada durante miles de años. Nuestra capacidad craneana, nuestra inteligencia es muy superior a la de nuestros enemigos. Durante miles de años fue gobernado nuestro mundo por los hombres de Tamak, que así se llama mi pueblo.

En ese período conseguimos grandes progresos científicos. El gobierno era una especie de patriarcado que gobernaba cariñosamente y con justicia. Pero la otra rama de la humanidad que puebla este mundo fue creciendo desmesuradamente hasta conseguir formar las cuatro quintas partes de la población total. Un día se sublevaron contra el gobierno y lanzaron una matanza general sobre nuestro pueblo. Desde entonces hemos permanecido ocultos, huyendo a cada instante, escondiéndonos en los sitios más inverosímiles de este planeta. Cuando nos descubren los kaonitas, la muerte reina entre nosotros.

—Espero que encontraremos una solución al problema —dijo Mike con esperanza—. Si llega la hora de morir yo no podré quejarme de no haberle sacado partido a la vida. Todo lo que ven mis ojos es tan asombroso, que mi mente no tiene tiempo de sacar conclusiones. Lo único que sentiré es no poder comunicar estas maravillas a todos los hombres de ciencia de la Tierra.

—¿Y este lugar qué es? —interrogó Alan.

—Esta es la manera en que los kaonitas encierran a sus prisioneros. Se trata de una esfera de cristal opaco, endurecido por un tratamiento especial. Ni una bala podría atravesarlo La esfera no tiene puertas ni ventanas.

—¿Entonces cómo diablos hemos entrado aquí? —preguntó Mike lógicamente.

—Cuando una de estas esferas está deshabitada tiene un boquete que sirve de acceso a la misma. Al depositar en el interior algún prisionero se cierra el boquete por medio de una soldadura. De esta manera resulta imposible escapar.

Los tres amigos guardaron silencio durante un buen rato. La situación se presentaba tan angustiosa que no tenían aliento para comunicarse una posible esperanza.

—Hay algunas cosas que no comprendo, respecto a nuestra situación.

—¿Qué es lo que no comprendes, Alan?

—Verás, Kalun. Cuando tú conseguiste atravesar el muro del espacio-tiempo, viniste a parar al laboratorio de Mike. Me diste a entender que el laboratorio desde el cual operabais vosotros se

encontraba al lado del nuestro, y que sólo era una diferencia de tiempo lo que separaba a los dos mundos.

—Todo eso es cierto. ¿A dónde quieres ir a parar?

—Esa misma pregunta me estaba haciendo yo —comentó Mike.

—¿Como no hemos venido a caer en tu laboratorio?

—Los hombres de Kaón han descubierto el nuevo refugio de mi pueblo. Siempre que sucede una cosa así establecen un campamento, dotado con estas celdas esféricas, donde meten a los prisioneros. En la mayoría de los casos los dejan ahí dentro hasta que mueren. Al no renovarse la atmósfera, acaban por morir asfixiados. En otras ocasiones intentan arrancar alguna confesión a los prisioneros, para averiguar nuestros planes. No se detienen ante ningún tormento ni ante ninguna violencia.

—¿Entonces crees que nos hallamos en uno de esos campamentos?

—Sí, Alan. Los hombres de mi raza que hayan conseguido escapar a la carnicería habrán marchado a esconderse en otro sitio. Siempre hay uno o dos lugares previstos para un caso semejante.

— ¡Si al menos tuviéramos la certeza de saber donde nos encontramos! Tú tal vez estés enterada de cuál es el nuevo sitio a donde se habrán trasladado los seres que forman vuestra comunidad.

—Sí, Mike. De ser ciertas mis previsiones no se encontrarán muy lejos. No quiero decir ahora cuál es ese sitio, por si acaso nuestros enemigos tienen conectado algún micrófono con el interior de esta esfera.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando la luz difusa que iluminaba el interior de la prisión fue creciendo en intensidad, hasta casi cegarles. Las pulidas paredes de su encierro fueron haciéndose transparentes, hasta descubrir una amplia zona de los alrededores.

—¿Qué significa esto, Kalun?

—Es el procedimiento que emplean nuestros enemigos para vernos. Un foco luminoso, de luz especial, hace transparente la materia cristalina de la cual está constituida esta esfera.

Alan miró a través de las curvas paredes y pudo ver a dos extraños seres de pelo rojo, armados con los extraños fusiles que ya conocía, que miraban detenidamente a los tres prisioneros.

Por encima de sus cabezas podía divisar unas diez o doce esferas semejantes a la que ellos habitaban.

Mientras la suya se había hecho transparente, a consecuencia de un poderoso haz de luz que venía de la derecha, las demás

continuaban mostrando su opaca superficie.

La noche habla caído sobre el territorio, tiñendo de fantásticos perfiles todos los objetos. Era una noche tan extraña como lo había sido el día. El sol había desaparecido del horizonte, dando paso a una luna de grandes dimensiones y acusado matiz amarillento. La oscuridad de la tierra estaba aquí, sustituida por una palidez amarillenta que arrojaba azuladas sombras al chocar con los objetos.

—Kalun, Kalun —se oyó decir a uno de ellos, pues las paredes de cristal permitían el paso del sonido.

Uno de ellos se dirigió a la muchacha y le dijo unas palabras en su extraño idioma.

Kalun no contestó y el hombre fue subiendo el tono de la voz hasta hablar con gran excitación. Al parecer, el silenció de la muchacha lo sacaba de quicio. Con su puño cerrado amenazó a Kalun y luego escupió sobre la esfera.

El otro hombre dirigió una breve frase a su compañero y los dos se retiraron. Poco después se apagaba la luz y las paredes de la esfera volvieron a su opacidad, como una cortina de hierro que separara a los tres amigos del fantástico mundo que les envolvía.

—¿Que te han dicho esos hombres?

—Me han reconocido. Ya no tenemos la menor posibilidad de salir con vida de este trance.

Alan vio la mortal palidez que mostraba el rostro su amada y una rabia sorda fue creciendo en su interior.

—Que te habían reconocido ya lo sabía. Cuando nos atacaron fue porque vieron el color de tu pelo, tan característico de tu pueblo.

—Entonces sabían que yo pertenecía a la raza enemiga, pero ahora saben concretamente quién soy. Mi padre gobierna a nuestro pueblo desde hace muchos años. Quizá piensen que teniéndome a mí prisionera conseguirán acabar con todos.

La revelación de Kalun dejó casi sin aliento a los dos amigos. Alan pensó que le sobraba razón en cuanto decía. Si aquellos hombres eran tan feroces enemigos como habían demostrado hasta entonces, no retrocederían ante nada con tal de conseguir sus propósitos. La esfera se encontraba indudablemente conectada con el exterior, y los dos guardianes habían escuchado las declaraciones de Kalun.

—¿Crees que habrán escuchado tus palabras, sobre el posible paradero de los seres de tu pueblo?

—Sí. El hombre que ha hablado conmigo las ha oído. Casi todo su monólogo se ha referido a la cantidad de tormentos que me

harán para arrancarme esa confesión.

—Es preciso que salgamos de aquí. Prefiero enfrentarme cara a cara con esos hombres, y morir luchando si es preciso, que permanecer aquí esperando que cumplan sus monstruosos designios.

—No conseguiremos nada. La solidez de estas paredes de cristal está por encima de nuestras fuerzas.

Alan cogió una especie de banqueta de las que tenía a mano y comenzó a golpear desesperadamente la cóncava superficie. A pesar de la violencia de los golpes no consiguió dejar la menor huella sobre la pared interior de la esfera. Golpeó furiosamente hasta que la banqueta quedó destrozada entre sus manos.

—No te desesperes, Alan. Es inútil todo lo que hagas.

Alan se sentó sobre el suelo y apoyó su cabeza entre las manos.

Mise extrajo un poco de agua de un recipiente cónico, que contendría unos veinte litros, y se la pasó a su amigo.

—Bebe un poco de agua y tranquilízate. Me hubiera gustado ofrecerte un vaso de whisky, pero la poca cordialidad de nuestros carceleros no da más que para agua.

—Ellos saben lo que se hacen —comentó Kalun—. Un ser puede morir de sed en cinco a seis días. El hambre es más lenta de matar. Ese depósito de agua no tiene otro objeto que el prolongar nuestra agonía.

Alan tomó unos sorbos de agua y exhaló un profundo suspiro.

—Ya me encuentro bien. Ha sido un momento de desesperación. En ese instante hubiera sido capaz de derrotar a diez adversarios juntos.

—No sé cómo resolveremos la situación —comentó Mike—, pero no debemos perder la esperanza. Si estos hombres pretenden arrancar el secreto a Kalun no permitirán que nos muramos dentro.

—Eso es precisamente lo peor.

—Sí, si nosotros permitimos que se lleven a Kalun, pero no lo permitiremos. Si vuelven a abrir esta endemoniada esfera, tendremos una magnífica oportunidad para luchar. Yo opino como Alan: Es preferible morir combatiendo que permitir a estos hombres el llevar adelante sus propósitos.

—No tendremos oportunidad de luchar —intervino la muchacha —. Si se deciden a sacarnos de aquí dispararán previamente sus armas, a través de las paredes. Esos fusiles emiten una onda vibratoria que al chocar con un ser le priva momentáneamente de su facultades. Eso es lo que nos sucedió cuando tropezamos con el grupo que nos hizo prisioneros. Nos volverán a sumir en la

inconsciencia y luego nos sacarán de aquí.

Las razonables palabras de la muchacha hirieron en su esperanza a los dos amigos. Un pesado silencio llenó el recinto mientras los tres seres se sumían en sus pensamientos.

Durante más de dos horas continuó sin alterarse la situación. Alan enlazaba cariñosamente a Kalun por los hombros, y la muchacha se abandonaba ante la dulce expresión de cariño.

Mike se levantó y empezó a pasear por la extraña celda. Se acercó a las cóncavas paredes y las palpó con sus suaves dedos. Su mirada se clavaba penetrantemente en aquel material, como si quisiera arrancarle su secreto.

-¿De qué dices que está esto hecho? —preguntó a Kalun.

La joven levantó la cabeza y miró a Mike.

—Es cristal tratado por un especialísimo procedimiento. Si hubiéramos podido volver a nuestro mundo estoy segura de que lo hubierais utilizado en gran cantidad de cosas. El cristal corriente se somete a un tratamiento que aumenta indefinidamente el calor específico que le corresponde; esto hace que se endurezca y resulte inatacable por ningún ácido. En cuanto a su fragilidad desaparece, tan por completo, como ha demostrado el furioso ataque de Alan.

—Espero que algún día me indique en qué consiste ese tratamiento. ¡Debe ser algo maravilloso! Las capas de cemento y plomo de nuestros hornos atómicos podrían ser sustituidas por planchas de...

—Ahora comprendo tu absoluta dedicación a la ciencia —comentó Alan—. Aun en estos momentos olvidas los graves problemas personales que se te plantean, para entusiasmarte ante un nuevo hecho científico.

—No puedo negarlo, Alan. Eso es lo maravilloso que tiene el mundo científico; hay tantas cosas que investigar, tantas verdades que descubrir, que no podemos perder ni un solo segundo en otras reflexiones.

Kalun miró a Mike y le sonrió deliciosamente.

—Yo te comprendo, Mike. Mi padre es el primer cerebro de este mundo. Sus conocimientos son tan vastos que puede resolver de memoria todos los problemas que tenéis planteados en el terreno científico de vuestro mundo.

—Yo misma estoy dedicada a la investigación desde que era niña. Hasta ahora no concebía otra ambición que la de trabajar en el laboratorio.

—Pero Alan te ha hecho pensar en cambiar el laboratorio por la

cocina. ¿No es así?

Los tres amigos rieron la salida de Mike.

—Me devano los sesos intentando buscar una salida y no la encuentro —dijo Alan.

—Has tardado mucho en comenzar a devanártelos, querido Alan —respondió Mike—. Por fortuna tu amigo Mike ha dedicado su vida a la ciencia.

Kalun y Alan miraron interrogadoramente a Mike, intentando interpretar sus palabras.

—¿Que has querido decir, Mike? —preguntó Alan.

Mike adoptó un fingido aire misterioso y miró de soslayo a los dos seres expectantes que tenían trente así.

—De la misma manera que un buen prestidigitador no necesita más que un simple pañuelo para realizar sus prodigios, yo voy a sacaros de aquí empleando la menor cantidad posible de elementos de trabajo.

Alan se puso en pie de un salto y se acercó a su amigo.

—Por Dios, te ruego que no bromees. ¿De verdad has pensado en algún procedimiento para escapar de esta cárcel.

—Tranquilízate, Alan. Si no fallan mis cálculos y nos ayuda un poco la suerte conseguiremos escapar de esta ratonera.

—Habla ya de una vez.

—Nuestros enemigos han puesto a nuestra disposición los medios necesarios ¿Esto es cristal, no es así?

—Ya te lo he dicho. Es cristal corriente, pero sometido a un tratamiento especial.

Mike se acercó a su amigo y desabrochó su chaqueta.

—¿Y, si no me equivoco, esto es lana? —dijo mostrando el chaleco de su amigo.

—Así es, Mike.

—La cosa es muy sencilla. Este cristal está endurecido. de forma que aguanta impasiblemente todas nuestras violencias, pero yo lanzaré contra él algo que no podrá eludir. Si hacemos trozos tu chaleco y nos dedicamos a frotar una parte de esta superficie conseguiremos que aumente su calor específico. Al calentarse se dilatará la masa de cristal.

—¡Ya lo comprendo! —gritó Kalun—. ¡Cómo no se me había ocurrido! Una vez calentada esa superficie arrojaremos sobre ella un poco de agua ¿No es así?

—Exacto, Kalun.

—¿Y qué es lo que vamos a conseguir con ello? —preguntó Alan.

—Verás, Alan. Como el agua está más fría de lo que estará el cristal en ese momento, lo enfriará. Pero el índice de contracción del cristal será más rápido de lo que esta materia necesita, entonces se resquebrajará. Es el mismo fenómeno, pero a la inversa, que sucede cuando vertemos un líquido demasiado caliente en el interior de un vaso.

—¡Ahora lo comprendo! ¡Creo que has dado con la solución! —exclamó Alan, abrazando entusiasmado a su amigo.

En pocos segundos el chaleco de Alan fue hecho pedazos. Eligieron un sitio, situado hacia la parte interior de la esfera y comenzaron a frotar con todas sus fuerzas. Unos minutos después Mike dio una rápida orden.

—Trae un poco de agua, Kalun.

La muchacha se levantó presurosamente y llenó de agua un vaso que había utilizado Alan.

—¡Frota aprisa, Alan! —murmuró Mike con jadeante voz.

Los dos amigos aceleraron el ritmo de su mano durante unos segundos.

—¡Ahora, Kalun!

Alan y Mike se apartaron para dejar maniobrar a la muchacha. Kalun se aproximó al lugar que ocupaban los dos amigos y con rápido gesto vertió el agua sobre el lugar que habían estado frotando.

Apenas el líquido elemento chocó contra la brillante superficie se oyó un pequeño «crac».

Alan enjugó la mojada pared y una exclamación de alegría se escapó de sus labios.

— ¡Lo hemos conseguido, Mike!

El lugar que había sufrido el choque del agua mostraba una finísima resquebrajadura de unos treinta y cinco centímetros de largo.

—La cosa marcha bien —murmuró Mike—. Vamos a continuar.

Los tres amigos se dedicaron de nuevo a realizar la febril operación sobre uno de los extremos de la resquebrajadura. De nuevo fue vertido un vaso de agua, y el tenue hililllo que indicaba el camino de la libertad, se fue agrandando.

Durante varias horas continuaron su actividad hasta conseguir que la leve fisura adquiriera la forma de una circunferencia que tendría aproximadamente medio metro de diámetro.

Los tres amigos abandonaron su trabajo y se sentaron en el suelo. Su respiración era fatigosa y gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente

—Ha sido un buen trabajo —comentó Mike.

—¿Tú crees que será suficiente?

—Me parece que sí.

—Tal vez sería mejor que ahondáramos esa fisura algo más.

—No hace falta, Alan. Nuestro trabajo fracasará o tendrá éxito con lo que hemos hecho. La solidez del cristal la da la uniformidad de su masa. Recuerda que en nuestro mundo para partir un cristal limpiamente no hace falta más que hacer una pequeña estría en su superficie, con un diamante

—¿Entonces qué debemos hacer ahora? —preguntó Kalun.

—El problema estriba en hacer saltar la sección comprendida dentro de la resquebrajadura.

—Procuraré lanzarme con todas mis fuerzas contra ella para ver si la puedo hacer saltar.

—Mejor será que lo hagamos los dos a un tiempo —replicó Mike.

Ya se disponían los dos amigos a realizar la operación cuando Alan se detuvo.

—¿Que te sucede?

—Estoy pensando, Mike, que puesto que se nos presenta alguna posibilidad de salir de esta ratonera, no estaría de más que tomemos nuestras precauciones. ¿La guardia del campamento es muy numerosa?

—No —respondió Kalun—. Generalmente bastan tres o cuatro hombres. Como estas malditas esferas son inexpugnables, los hombres de Kaón suelen dejar una pequeña guardia.

—No quiero haceros concebir esperanzas —continuó Alan—. Pero pienso que ya que Dios nos ha inspirado la manera de salir de aquí, tal vez nos permita conquistar nuestra libertad y no la muerte en el combate.

—Me parece buena tu idea, Alan. ¿Qué crees que debemos hacer?

—Por lo menos, prepararnos a luchar. Si conseguimos hacer saltar ese casquete esférico, tal vez nos encontremos ante alguno de nuestros enemigos. Es conveniente salir prevenidos al objeto de luchar con ellos e intentar inmovilizarlos. La sorpresa puede ser un factor altamente favorable para nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo. Por mi parte saldré preparado para luchar.

—Entonces, vamos allá. Tú, Kalun, pon nuestras chaquetas sobre la parte que va a sufrir el choque.

Kalun obedeció rápidamente la orden de Alan y poco después

estaba todo dispuesto.

—¿Vamos allá, Mike?

—Estoy a tus órdenes.

Los dos amigos se apartaron hacia el extremo contrario al que pretendían atacar con el empuje de sus cuerpos. Alan hizo una señal a su amigo y se abalanzaron con ímpetu formidable contra el objetivo. La estrechez del círculo les obligó a pegar sus espaldas, para poder empujar con los hombros al mismo tiempo.

La dura pared recibió el poderoso impacto de los dos hombres. Junto al sordo ruido del choque se oyó distintamente un alentador crujido.

—Creo que lo vamos consiguiendo —comentó Alan.

Mike se acarició el hombro, dolorido por el tremendo golpe.

—Será preciso que lo consigamos pronto. No sé si podré resistir dos o tres golpes más como este.

—Ahora invertiremos nuestras posiciones y así podrás golpear con el otro hombro.

Nuevamente se retiraron hacia el otro extremo de la esfera y tomaron impulso.

Como dos arietes humanos distendieron sus cuerpos en el aire, hasta chocar brutalmente con la zona prevista.

Un crujido más acusado que la vez anterior llenó de esperanza el corazón de los tres prisioneros.

Alan se levanto del suelo y miro detenidamente la fisura.

—¡Ya lo hemos conseguido! ¡El casquete esférico empieza a desprenderse!

¡Mine, que había acusado más que Alan los efectos del terrible encontronazo, se repuso al instante.

—Déjame ver. Sí; ya está casi totalmente desprendido.

Alan dio un poderoso salto en el aire y se dejó caer con enorme fuerza sobre la zona que le interesaba.

Kalun y Mike vieron con asombro que Alan desaparecía de su vista. Todavía no se habían repuesto de su sorpresa cuando la voz de Alan se dejó oír a través del boquete abierto.

— ¡Date prisa, Mike!

La redonda abertura se abría a los ojos de los prisioneros como una esperanza y una feliz promesa.

Mike se aproximó al borde del agujero y se dejó caer. La zona de la esfera elegida para hacer el boquete estaba a unos dos metros del suelo y su caída no tuvo la menor consecuencia. Al principio se sorprendió de no ver a Alan a su lado, pero levantando la cabeza pudo observar que su amigo se dirigía a toda la velocidad

de sus piernas, hacia un grupo de tres hombres que, empuñando sus armas, se aproximaban rápidamente en dirección a la esfera.

Alan acortó con gran rapidez las distancias, mientras sus enemigos intentaban apuntarle con sus armas. A más de siete metros de distancia se lanzó en una formidable estirada y su cuerpo vino a chocar con enorme violencia contra el pequeño grupo. En una fracción de segundo rodaron los cuatro hombres por el suelo. Alan, se incorporó rápidamente y con un fuerte puñetazo dejó fuera de combate a uno de sus adversarios, luego, volviéndose rápidamente, aprisionó a otro que acababa de levantarse y ambos volvieron a caer al suelo.

El tercero de los atacantes había conseguido rehacerse del choque sufrido, y ya se disponía a hacer uso del arma, cuando Mike cayó sobre él como una tromba.

En el silencio del fantástico paisaje luchaban desesperadamente los cuatro hombres, bajo la mirada aterrada de Kalun, que había conseguido salir de la esfera y se erguía como única espectadora del silencioso drama.

Alan hizo un esfuerzo sobrehumano y consiguió arrojar a su enemigo a unos metros de distancia, merced a un fuerte empujón de sus piernas. Con la agilidad de una pantera se puso en pie y se dirigió hacia su adversario. El arma que éste esgrimía se encontraba a un metro de distancia. Alan la recogió y golpeó con ella la cabeza de su contrincante, que quedó tendido en el suelo sin conocimiento.

En aquel momento el fuerte adversario de Mike había conseguido darle la vuelta y sus poderosas manos comenzaron a apretarle la garganta.

Alan se puso a su lado en un salto y de nuevo volvió a hacer uso de la culata del extraño fusil que llevaba en las manos. El contrincante de Mike se desplomó con un leve quejido.

—Tenemos el camino libre; vámonos cuanto antes.

Entre Kalun y Alan ayudaron a Mike a ponerse de pie y se alejaron de aquellos lugares a toda velocidad.

CAPITULO VIII

Los tres fugitivos continuaron su carrera sin detenerse, durante más de quince minutos.

Alan ayudaba a Kalun, cogiéndola por un brazo y la muchacha dirigía la marcha.

A unos dos kilómetros del lugar ocupado por las siniestras esferas se levantaban las primeras estribaciones de una gran cordillera. Kalun había dirigido hacia allí a sus dos amigos.

—Descansemos un poco —sugirió Alan—. En caso de que salieran en nuestra persecución no nos sería difícil despistarles en medio de este terreno quebradizo.

Los tres amigos se detuvieron y tomaron asiento sobre algunas rocas sueltas, en las que se iniciaba el ascenso a los primeros repechos de la cordillera.

—Todo ha salido maravillosamente.

—Así ha sido, Mike. Por fortuna, esos hombres no tuvieron tiempo de hacer uso de sus armas.

—Cuando te vi lanzarte contra los tres no pude menos que recordar tus tiempos de jugador de rugby. Fue una estirada maravillosa.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Kalun?

La hermosa joven tardó unos segundos en contestar. Su deliciosa boca se abría aspirando frenéticamente el aire fresco de la noche.

—Los hombres de mi pueblo no están muy lejos de aquí. El lugar ocupado por las esferas era el campamento número uno en la actualidad. Aunque nuestro planeta está habitado por muchos millones de seres, esta es una zona casi totalmente deshabitada. Durante algún tiempo hemos vivido aquí sin sufrir ninguna molestia, pero el constante peligro que corremos nos obliga a tener dos o tres campamentos distintos. El segundo campamento está en estas montañas. Supongo que mi padre y sus hombres se habrán retirado de él.

—Esa es una buena noticia —comentó Mike alborozado.

—Dos horas de marcha nos conducirán hasta el lugar fijado.

Durante media hora los tres amigos descansaron al amparo del quebrado terreno. El ritmo de su corazón se fue apaciguando y el color volvió a sus mejillas.

—Empiezo a tener alguna esperanza de llevar a buen término nuestra aventura.

—Yo me asombro de estar todavía vivo, Alan.

—Pero el hecho es que lo estamos. Si os encontráis ya en buenas condiciones os pediría que continuáramos nuestro camino.

—Tiene razón, Alan. Cuanto antes nos introduzcamos en la montaña, más posibilidades tendremos de llegar a nuestro refugio —dijo Kalun.

Los tres amigos lanzaron una última ojeada a sus espaldas sin conseguir divisar el menor rastro de sus enemigos. Al fondo, a dos kilómetros de distancia, se perfilaba, en la noche amarillenta, el siniestro campamento-prisión del que tan milagrosamente habían conseguido escapar.

—En marcha —ordenó Alan.

Como tres sombras comenzaron a escalar la vertiente del primer montículo que les llevaría ante el inmenso dédalo de montañas cuya extensión se perdía de vista.

El paisaje era de lo más quebrado y difícil que pudiera imaginarse. El pueblo perseguido había sabido elegir su puesto de retirada. Junto a las altas montañas se abrían profundas grietas y escotaduras, donde un paso en falso podía significar la pérdida de la vida.

Nuestros tres amigos tuvieron qué hacer sobrehumanos esfuerzos para conseguir adentrarse por tan agrestes parajes. La marcha duró varias horas. De vez en cuando se detenían un instante para tomar aliento y proseguir luego su camino.

La fantástica noche amarillenta, con su proyección de azuladas sombras, ponía un escenario asombroso al fatigoso caminar de los tres viajeros

—Ya estamos llegando.

Alan y Mike miraron a su alrededor y no vieron la menor muestra que indicara la presencia de ningún poblado. Ante sus ojos, y en toda la extensión que abarcaba la vista, no podía divisarse nada que no fuera la cadena interminable de montañas.

—Si tus palabras tienen el objeto de animarnos en nuestra marcha no tienes porqué esforzarte; continuaremos caminando todo lo que sea posible.

—Te aseguro, Alan, que nos encontramos ya a pocos pasos de nuestro objetivo.

La muchacha descendió rápidamente hacia un pequeño valle que se extendía a sus pies. Se trataba de una estrecha garganta que no tendría más de cincuenta metros de ancho por unos doscientos de largo. En el centro de este paraje había una compacta masa de rocas de unos doscientos metros cuadrados de base.

Alan y Mike miraban con curiosidad a Kalun que, arrimándose al núcleo rocoso, comenzaba a dar vueltas a su alrededor.

—¿Se puede saber qué es lo que buscas? —preguntó Alan.

—Estamos a la entrada de nuestra ciudad.

Alan y Mike cruzaron una mirada de sorpresa.

—Debo necesitar gafas —sonrió Mike—. Por ahora no veo la menor huella de esa ciudad que dices.

Kalun no hizo caso a las palabras de su amigo y siguió mirando detenidamente aquel grupo de rocas.

—Aquí; aquí es. ¿Quieres traer una piedra, Alan?

Alan obedeció la indicación aunque se encontraba profundamente extrañado por todo cuanto estaba haciendo y diciendo la muchacha. Cogió una piedra de unos cuatro kilos y la llevó junto a Kalun.

—¿Te parece bien esta?

—Sí; es lo que necesitamos. Ahora golpea con ella en este lugar. Da dos golpes seguidos y uno más espaciado.

Kalun señalaba un lugar entre las rocas, a la altura aproximada de un metro y medio.

Alan estaba completamente sorprendido pero no quiso hacer ningún comentario. Con sus fuertes manos levantó la piedra y dio dos golpes seguidos, luego esperó un segundo y volvió a descargar otro golpe sobre el lugar indicado.

—Retirémonos unos metros —ordenó la muchacha.

Los tres amigos se apartaron cosa de unos veinte metros y esperaron.

Un ligero rumor llegó a sus oídos desde un punto indefinible de los alrededores.

— ¡Mira, Alan!

Alan centró su atención sobre el lugar señalado por Mike. El conjunto de rocas sobre las cuales había golpeado con la piedra comenzó a moverse. Lentamente fue ascendiendo y luego giró sobre un eje excéntrico, dejando al descubierto una abertura de unos catorce o quince metros de diámetro.

—Estoy maravillado —murmuró Alan.

—Esa es la entrada de nuestra ciudad subterránea. El mecanismo que eleva la plataforma sobre la cual descansan esas rocas está accionado por una célula electro-sonora. Los golpes que has dado tú lo ponen en funcionamiento.

—Ahí es difícil que den con vuestro paradero.

—Vamos adentro.

Los tres amigos se dirigieron hacia el borde del pozo y comenzaron a descender por un camino en espiral, que iba ensanchándose a medida que penetraba en las profundidades de la tierra. La extraña plataforma que daba acceso al fantástico subterráneo había vuelto a ocupar su sitio. Una débil luz rojiza iluminaba el camino de nuestros amigos.

—Tengo la misma impresión que si descendiera a los infiernos —comentó Mike.

—Ese es el destino de mi pueblo: vivir enterrado en vida. Solamente nuestra capacidad técnica nos ha permitido sobrevivir. Todas nuestras energías se consumen en la construcción de estas guaridas. Apenas ocupamos una de ellas cuando ya nos dedicamos a preparar otra. Y así durante cientos de años.

El camino espiral se había ensanchado considerablemente, viniendo a desembocar en una gran plaza circular.

—Esa galería de la derecha nos llevará a nuestra ciudad.

La galería indicada por Kalun era un amplio túnel iluminado por una luz amarillenta.

No habían hecho más que avanzar unos cincuenta metros cuando un poderoso foco de luz cayó sobre los tres aventureros. Kalun dijo unas palabras en voz alta y un extraño grito de sorpresa salió de la oscuridad. Unos segundos después un grupo de ocho hombres salió de la sombra para mostrarse a plena luz.

Alan observó detenidamente a aquellos seres. Iban vestidos con un sencillo mono de color gris plomo que cubría totalmente su cuerpo desde los pies hasta el cuello: en sus manos llevaban unos extraños objetos que muy bien podían ser armas. Lo más característico de ellos era el color de su pelo y de sus ojos, totalmente igual al de Kalun.

Los ocho hombres se acercaron presurosamente hacia nuestros amigos y poco después abrazaban con efusión a Kalun, en medio de la algarabía de sus extrañas voces.

—Es la guardia del túnel —informó Kalun.

La muchacha hizo la mutua presentación de sus amigos y todos juntos continuaron el camino.

Diez minutos más tarde desembocaban en una gran rotonda circular, donde podían divisarse gran cantidad de pequeños edificios formando estrechas calles. Eran unos edificios semiesféricos que no tendrían más de diez metros de altura. La iluminación de la ciudad provenía de los edificios mismos, cuyo material de construcción era fosforescente.

La llegada de Kalun y sus amigos fue recibida con grandes muestras de alborozo por parte de los transeúntes que encontraban al paso.

—Somos como una gran familia —sonrió la muchacha—. Nuestra azarosa existencia nos ha unido a todos de manera maravillosa.

Después de caminar por entre aquellas callejas se detuvieron frente a un edificio algo más grande que los demás y que ocupaba el centro del núcleo urbano. A una indicación de Kalun se introdujeron en el interior y ascendieron por una rampa en espiral que les llevó al primer piso.

Un anciano de noble estatura y frente despejada esperaba a los recién llegados. Alargó sus brazos trémulos y Kalun cayó en ellos estrechando cariñosamente a aquel hombre.

—Es mi padre —dijo volviéndose a los dos amigos.

El anciano miró una y otra vez a su hija y luego dirigió sus ojos hacia los dos acompañantes Durante unos segundos pareció concentrarse en silencio. Alan y Mike esperaban sin saber qué actitud adoptar, pues Kalun tampoco les decía nada. Por fin, el anciano levantó la cabeza y tendió su mano a los dos amigos

—Bienvenidos seáis, hijos míos.

Alan y Mike estrecharon la noble mano que les tendía el anciano, sin poder ocultar la sorpresa que les producía el perfecto dominio que de su idioma tenía.

—No os extrañéis —sonrió Kalun—. Ya os dije que mi pueblo tiene una extraña capacidad mental para captar el fondo ideológico de vuestras mentes. Mi padre es un ser excepcional; lo que a cualquiera de nosotros nos costaría unos días él puede captarlo en unos minutos.

El anciano les hizo una seña y pasaron al interior de una confortable habitación de regulares proporciones. El diseño del mobiliario era de líneas fantásticas pero de gran comodidad.

—Cuánta zozobra ha sufrido mi corazón en estos días, hija mía —dijo el anciano mientras tomaban asiento alrededor de una mesa.

—Quizá estemos cerca del fin de nuestras desventuras, padre.

—Los hombres de Kaón descubrieron nuestro último refugio. El

dolor y la muerte volvió a cebarse en nuestro pueblo. Los que pudimos escapar vinimos a refugiarnos aquí.

—Pon fin hemos conseguido atravesar el muro del espacio-tiempo.

—Pensamos que tu desaparición obedecía a ese motivo, pero nos llenaba de angustia tu viaje hacia lo desconocido. Durante varios días seguimos experimentando, al objeto de facilitar tu regreso, pero todos nuestros esfuerzos fueron inútiles. Todavía no hemos podido comprender el mecanismo seguido para conseguir esa maravillosa proeza. Según creemos mis colaboradores y yo tu paso a través de la dimensión del tiempo se ha debido a una circunstancia fortuita que nosotros somos incapaces de reproducir.

Kalun explicó a su padre la parte que él desconocía del experimento. El anciano escuchaba con gran atención, fijando en su memoria los detalles que le comunicaba la muchacha. Luego tomó la palabra Mike y la conversación tomó un giro absolutamente científico. Los tíos hombres fueron comunicándose datos, hasta formar un cuadro preciso de las circunstancias en que podía realizarse el asombroso experimento.

—Ahora está todo claro —afirmó el anciano—. Jamás hubiéramos podido atravesar el muro del espacio-tiempo sin que alguien «desde la otra parte» actuara al unísono con nosotros. Los dos tiempos, el de nuestro mundo y el de ustedes, coinciden en un solo y minúsculo instante. Ese es el momento para conseguir un feliz resultado. Actuando desde nuestra dimensión temporal, o solamente desde la de ustedes, jamás hubiéramos conseguido un resultado positivo.

—¿Y qué ha sido de nuestro laboratorio? —preguntó Kalun.

—Los kaonitas lo destruyeron totalmente.

—¿Entonces qué haremos, padre?

—Eso no es un problema. A unos treinta kilómetros de aquí tenemos instalado un laboratorio de reserva. Desde allí podríamos intentar nuevamente la experiencia. Espero que Dios nos ayude a conseguir el resultado apetecido. Mis hombres no han cesado de trabajar en el nuevo laboratorio intentando facilitar tu retorno.

Este sitio hubiera sido ideal para realizar nuestro intento —comentó Alan.

—Nosotros ciframos en nuestro laboratorio todas las posibilidades de escapar de nuestro mundo, por ello no hemos querido nunca unir nuestros secretos refugios con el emplazamiento de nuestro laboratorio. En esta ocasión última, en que procedimos de manera contraria, hemos sufrido las consecuencias.

—Lo digo —continuó Alan—, porque esa circunstancia supone que toda la población tenga que salir a la superficie de la tierra para trasladarse al lugar donde se encuentra el laboratorio.

Una o dos personas pueden estar desapercibidas, pero una masa de diez mil seres puede ser descubierta por nuestros enemigos...

—Es un riesgo que tendremos que correr. No estábamos preparados para obtener un éxito tan rotundo en nuestro experimento. Con el paso del tiempo podríamos tomar nuestras precauciones, pero ya que hemos encontrado el camino lo utilizaremos cuanto antes.

Alan y Mike asintieron a las palabras del anciano y se pusieron a disposición de éste para todo cuanto fuera preciso.

—Ahora deben descansar ustedes. Se acercan momentos muy duros y es preciso conservar las condiciones físicas necesarias para enfrentarlos.

El anciano llamó a uno de sus ayudantes que se encargó de conducir a los dos amigos a sus habitaciones. Media hora después, un sueño reparador se encargaba de poner en forma a los dos hombres.

* * *

Durante los tres días siguientes, la ciudad subterránea entró en una febril actividad.

Kaunum, que así se llamaba el anciano que dirigía los destinos de aquellos seres, dio un comunicado a su pueblo, en el que explicaba la situación.

La posibilidad de poder abandonar aquel mundo regido por el odio llenó de esperanza el corazón de todos y mostraron su entusiasmada adhesión al plan que se les proponía.

El pueblo subterráneo iniciaría su éxodo hacia el interior, hasta alcanzar el lejano escondrijo del laboratorio, donde se intentaría el experimento de atravesar el muro del espacio tiempo.

La promesa de Alan y Mike de que serían bien recibidos, confirmada por la breve experiencia de Kalun, había popularizado a nuestros dos amigos hasta el máximo extremo.

Kaunum presentó a nuestros dos amigos a un reducido grupo de hombres encargados de la defensa de aquel pueblo.

En aquellos momentos se encontraban reunidos, al objeto de disponer los planes necesarios. Alan tenía el uso de la palabra.

—Las posibilidades de acabar, de una vez y para siempre, con la horrible situación de este pueblo supone acrecentar el riesgo

durante un breve espacio de tiempo. Debemos conseguir el traslado de todos los habitantes hasta el lugar donde se encuentra emplazado el laboratorio, sin que nuestros enemigos se percaten de ello.

—Esta reglón está casi totalmente deshabitada —dijo Komok, que junto con Talmak y Kato, formaban el triunvirato encargado de la defensa—. Con un poco de suerte podemos realizar la operación felizmente.

Los tres hombres hablaban a la perfección el idioma de nuestros amigos, merced a las condiciones innatas que poseía aquel pueblo, y que esta vez fueron acrecentadas por medio de un aparato al cual Mike había calificado como «sondeador de la conciencia.»

Tres breves sesiones fueron suficientes para que Alan y Mike transmitieran al cerebro de aquellos hombres el vocabulario y la estructura de su lengua. En síntesis se trataba de un doble casquete que se conectaba a un complicado mecanismo. La carga eléctrica que supone todo conocimiento intelectual era transmitida, merced a aquel aparato, del cerebro de uno de nuestros amigos al cerebro de uno de aquellos seres.

Una vez conseguida la impresión necesaria en el cerebro receptor, éste se sentía dotado de los conocimientos del cerebro emisor. La operación fue también realizada inversamente, pero con un resultado menos brillante.

De todos modos, Alan y Mike pudieron enterarse de esta manera de las generalidades más importantes de aquel pueblo.

—Lo que dice Komok es cierto —aseguró Talmak—, pero no por ello debemos dejar de tomar las máximas precauciones.

—¿Y cuál es el plan que se os ocurre? —preguntó Kato.

—¿De qué armas disponemos? —preguntó Alan a su vez.

—Nuestro arsenal es muy reducido —contestó Talmak—. Casi todo nuestro esfuerzo se ha dirigido a construir estos refugios y a crear el laboratorio. Disponemos de armas cortas, como en el «termo-vibrador». Se trata de un fusil parecido al que usan los guardianes kaonitas, pero cuya vibración aumenta considerablemente la temperatura, al extremo de carbonizar aquel o aquello que cae bajo el radio de acción de esta arma. También disponemos de algunos explosivos, pero éstos son de poca eficacia.

—Nosotros no hemos podido pensar nunca en atacar —intervino Komok—. Todos nuestros esfuerzos han sido defensivos. La construcción de nuestras ciudades secretas, la edificación de nuestros laboratorios, los equipos antimagnéticos...

—¿Qué es eso? —preguntó Mike

Kato tomó la palabra.

—Cuando los hombres de Kaón consiguen descubrirnos, provocan una poderosa tempestad eléctrica en toda la zona por donde suponen que podemos escapar Si no poseyésemos esos equipos antimagnéticos, hace ya mucho tiempo que habríamos dejado de existir.

—Esperemos que tengamos los elementos suficientes para salir adelante.

—Por lo menos intentaremos hacer un buen use de ellos —intervino Alan.

—Ese es nuestro propósito. Mis compañeros y yo hemos decidido dejarte el mando de las operaciones Tu distinta visión de las cosas puede encontrar soluciones. que nosotros no veamos. Ordénanos y te obedeceremos.

—Creo que sólo una estrecha colaboración entre los cinco podrá resolver la situación —dijo Alan-- El material de que disponemos es muy escaso, pero lo emplearemos si llega la ocasión.

—¿Y de qué efectivos humanos se dispone? —preguntó Mike.

—Hombres útiles para el combate, hay unos dos mil.

—El plan que yo propongo es el siguiente —intervino Alan de nuevo—: Debemos proceder a la evacuación de la ciudad en sucesivas etapas. Pequeños grupos, que puedan ocultarse fácilmente, saldrán de la ciudad para dirigirse hacia: el laboratorio. Cada uno de estos grupos llevará una pequeña escolta de protección. Unos ochocientos hombres armados cubrirán la retirada de estos seres, y luego, se replegarán hacia el laboratorio. Si el enemigo no nos descubre, la operación puede quedar terminada en tres o cuatro días. Si somos descubiertos procuraremos hacer una barrera de contención hasta que la mayor parte de vuestro pueblo pueda llegas al laboratorio.

—Estamos de acuerdo —dijo Komok—. Lucharemos hasta morir, si es preciso, con tal de que pueda salvarse nuestro pueblo de la terrible pesadilla que sufre desde los tiempos remotos.

Acordado, pues, el plan sugerido por Alan, dieron por terminada la reunión y se trasladaron a la residencia de Kaunum para exponerle su proyecto.

—Se trata de un plan muy razonable —dijo el anciano cuando Alan hubo terminado—. Desde este momento comenzaré a dar las instrucciones necesarias para que comience la evacuación.

Las operaciones previstas comenzaron a realizarse con gran rapidez. Durante los tres días siguientes fueron saliendo, con

intervalos de una hora, grupos de un centenar de seres, bajo la protección de un pequeño grupo de hombres armados.

Alan había dispuesto la reserva de sus ochocientos hombres en una zona que abarcaba los contornos del núcleo rocoso que protegía la entrada a la ciudad subterránea.

En la noche del tercer día Kalun subió por la rampa espiral para encontrarse con Alan.

—¿Cómo te encuentras, querida?

La muchacha miró a Alan y éste pudo observar que sus ojos estaban invadidos por una profunda tristeza.

—¿Te sucede algo?

—Tengo que marcharme, Alan.

—Eso no es para entristecerse. Ya no queda casi nadie en la ciudad.

—¡Pero yo quiero quedarme a tu lado! —dijo la muchacha con acento voluntarioso.

—Tú sabes que no puede ser. Según me ha dicho u padre, te necesitan en el laboratorio.

Kalun asintió con aire de resignación.

—Entonces, cumple con tu deber. Una hora después que salga el último grupo iniciaremos nosotros la retirada. Confiemos en que todo irá bien.

Un grupo de cien personas salió en silencio de las profundidades de la tierra. Kaunum iba con ellos.

El anciano se acercó con paso grave al grupo formado por Alan y Kalun.

—Vamos a partir, querida. Procura que tu despedida no entristezca al generoso hombre que nos ha enviado la Providencia.

Los ojos inteligentes del anciano recorrieron el semblante de los dos enamorados y una ligera sonrisa iluminó sus labios.

—Hay que evitar toda imprudencia, Alan. Después de nosotros ya no queda más que un grupo, al que he encargado de destruir todo cuanto no nos hemos podido llevar. Cuando salga este grupo podrá comenzar la retirada de nuestras fuerzas.

—Así lo haremos.

Kalun no pudo evitar un movimiento instintivo y se abrazó durante un segundo al ancho pecho de Alan.

— ¡Vuelve a mi lado, Alan! —murmuró la muchacha.

—Ten la seguridad de que volveré.

Vamos, Kalun.

La comitiva fue adentrándose entre el dédalo que constituía aquel escarpado terreno y Alan los vio perderse en la lejanía. Fue

Mike el que le sacó de su abstracción.

—Se ha marchado Kalun, ¿verdad?

—Sí, Mike —contestó Alan con voz apagada.

—Comprendo que te hayas entristecido. ¿Saces lo que me sucede a mí?

—¿Qué te sucede, Mike?

—¿Te acuerdas de aquella muchacha que me presentaste?

—¿Te refieres a Lucy?

—Sí, a Lucy. Pues cada vez me acuerdo más de ella. Creo que estoy empezando a enamorarme.

—Es una noticia que me alegra. Lucy es una mujer excepcional.

—Creo que me casaré con ella.

La mirada de Alan fue tan significativa que Mike se apresuró a rectificar.

—Bueno, quiero decir, si salimos bien de ésta.

En aquel momento se acercó Komok, que venía de los puestos más avanzados de vigilancia. Su cara y su ademán indicaban claramente que algo anormal sucedía.

—¿Qué te sucede, Komok?

—¡Están ahí, Alan; están ahí!

—Sí, Alan.

—¡Vamos pronto a nuestras líneas!

Los tres amigos se dirigieron hacia las alturas laterales que dominaban la entrada del pequeño valle.

—Todavía están lejos —informó Komok—, pero se dirigen hacia aquí.

Tras una rápida ascensión llegaron a una elevada prominencia desde la cual se divisaba una gran extensión de terreno.

Komok alargó unos potentes prismáticos, consistentes en una especie de gafas como las utilizadas por los motoristas en la Tierra, que Alan se caló rápidamente. A lo lejos, a unos veinte kilómetros de distancia, se podía ver avanzar tres columnas de kaonitas, ocupando un frente de varios kilómetros.

—Son unos cinco mil —comentó Alan.

—Eso pienso yo —dijo Komok—. Los he observado detenidamente y he visto que vienen armados.

—Quizá dejamos demasiadas huellas detrás de nosotros.

—Eso debe haber sido, Mike.

—¿Qué tiempo crees que tardarán en llegar aquí, Alan?

—Lo quebrado del terreno les impide avanzar a mucha velocidad, Komok. Supongo que necesitarán cinco horas por lo menos.

Durante largo rato continuaron vigilando el avance de los enemigos.

—No tendremos más remedio que combatir —concluyó Alan.

En aquel momento surgía del interior de la tierra el último grupo de habitantes de la ciudad subterránea. Alan les saludó agitando el brazo y con un gesto les indicó que podían emprender su camino.

—Podíamos decirles que advirtieran a los demás —sugirió Komok.

—Es mejor que no lo hagamos. La suerte de todos está en nuestras manos. Si nos derrotan, todo será inútil. Es preferible no angustiar a esos miles de seres.

Mike y Komok aceptaron las razones de Alan y los tres amigos vieron cómo se alejaba el pequeño grupo. Todos eran hombres ancianos e iban vestidos con el traje antimagnético, al igual que todos los demás miembros de aquella extraña comunidad. El traje consistía en un «mono» de color escarlata recorrido desde los hombros hasta los pies por una línea amarilla de dos centímetros de ancho, por la cual tenía que discurrir la corriente eléctrica, que captaba una puntiaguda pirámide cuadrangular, de treinta centímetros de altura, situada en la parte superior de la escafandra transparente que cubría sus cabezas.

Alan los vio alejarse y no pudo evitar un amargo pensamiento: aquellos hombres volverían a ver a Kalun, él, por el contrario...

Talmak y Kato se reunieron con los tres amigos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Talmak.

—Esos hombres han descubierto nuestro refugio —dijo Kato—. Dentro de unas horas estarán aquí.

Alan dirigió de nuevo su vista hacia las columnas enemigas que avanzaban implacablemente.

—Nuestra misión consiste en retrasar todo lo posible su marcha. Les esperaremos e intentaremos detenerles con el fuego de nuestras armas.

—El sitio es bueno —comentó Komok—. Si reconocen las huellas que conducen al interior del valle, intentarán penetrar en él. Esto nos daría una ventaja de posición importante.

Alan oteaba el progresivo avance de sus enemigos y su mente trabajaba a toda velocidad.

—Vamos a hacer algo mejor que eso. Las tres columnas avanzan en punta de flecha, de modo que la central lleva una ventaja de unos dos kilómetros sobre las que cubren los flancos.

—Así es —dijo Kato—. Unos dos mil hombres componen esa columna. ¿Tienes algún plan?

—Hemos de enseñar a esos hombres el camino de nuestra ciudad subterránea. Si conseguimos hacerles penetrar en este valle, serán fáciles víctimas de nuestras armas.

—Es una magnífica idea —exclamó Mike—. El problema está en hacerles penetrar en esta garganta.

—Tú, Talmak, y tú Komok, ordenad a vuestras fuerzas que se replieguen sobre las alturas laterales que dominan la entrada del valle. Kato se destacará con cincuenta hombres a unos dos kilómetros de distancia de la entrada de este pequeño valle. Tú misión, Kato, consiste en atraer la atención de nuestros enemigos, de forma que lleguen a creer que sois la única protección que tiene la entrada a este valle. Cuando inicien el ataque a fondo contra vosotros, retrocederéis hasta meteros en el interior, luego subiréis por las vertientes laterales de las alturas que dominan la entrada del valle y os uniréis al resto de las fuerzas, que se encontrará preparada para entrar en acción.

Todos convinieron en la eficacia del plan propuesto por Alan y marcharon a cumplir los objetivos que se les habían señalado. Mientras Talmak y Komok replegaban sus fuerzas sobre las alturas que dominaban, a uno y otro lado, la entrada del valle, Kato se alejaba en dirección a los enemigos, hasta situar sus hombres a unos dos kilómetros de distancia.

El tiempo fue pasando y las columnas enemigas acortando las distancias.

—Deben encontrarse a un kilómetro de distancia de la posición ocupada por Kato —comentó Mike.

—Eso es lo que yo calculo. Espero que Kato sepa proceder en el momento oportuno.

Las tres columnas se divisaban con toda claridad a simple vista. La que ocupaba la posición central avanzaba en dirección al lugar ocupado por Kato y sus hombres. Su ventaja sobre las otras dos era de unos tres kilómetros.

Los hombres de Kato los dejaron acercarse hasta unos doscientos metros de distancia.

—Creo que Kato está apurando demasiado sus posibilidades. Cuando intente retirar tal vez no tenga tiempo de llegar hasta el valle.

En aquel momento Kato daba una orden a sus hombres y el metálico zumbido de los fusiles rompió el silencio del paisaje.

Cien haces luminosos de rayos incandescentes partieron de las armas de los bravos hombres de Kato.

La columna, que avanzaba confiada, fue un blanco magnifico

para aquellos hombres. Los haces luminosos dieron de pleno en ella y una densa humareda se elevó hacia el cielo. Varios centenares de hombres cayeron al suelo carbonizados. El desconcierto y el terror cundió por las filas enemigas, situación que aprovechó Kato para enviar otra mortífera andanada a sus enemigos. Durante varios minutos los hombres de Kato pudieron disparar a placer contra sus adversarios, pero, desde la retaguardia de la columna, surgieron las órdenes necesarias para hacer un despliegue y presentar un frente eficaz.

Mientras los kaonitas iniciaban esta maniobra, Kato y sus hombres comenzaron la retirada, amparándose en las irregularidades del terreno. Apenas el enemigo se dio cuenta de la retirada de Kato lanzó en pos de él el grueso de sus fuerzas.

Kato progresaba a gran velocidad en dirección al valle y, de vez en cuando, se volvía hacia el enemigo, ordenando una descarga cerrada que aumentaba el número de bajas de éste.

Las dos columnas que flanqueaban la marcha se habían apercibido de la maniobra y corrían en ayuda de sus compañeros, pero se encontraban demasiado lejos para poder conseguir su objetivo con la rapidez que hubieran deseado.

Merced a esta hábil retirada, los hombres de Kato consiguieron llegar a la entrada del valle, sin tener una sola baja. Con paso rápido se introdujeron en la estrecha garganta y poco después ascendían por las laderas montañosas para reunirse con el grueso de las fuerzas que mandaba Alan.

La columna enemiga no se hizo esperar. El estruendo de sus pisadas y de sus gritos inundó la entrada del valle, esparciendo su eco sí lo largo del mismo.

Alan hizo una seña a sus hombres y éstos permanecieron ocultos entre las rocas, dejando que se introdujeran los hombres de la columna enemiga.

La furia que dominaba a los kaonitas les hizo caer ingenuamente en la emboscada Ya habían avanzado más de quinientos metros cuando cundió entre sus filas la sensación del engaño. Pero era demasiado tarde.

Alan, con estentórea voz, dio la orden de abrir fuego.

De las laderas, de los montículos que dominaban la profundidad del valle salió una cortina de rojizos rayos que vino a incidir sobre el grueso de las fuerzas enemigas. El metálico zumbido de las armas vibró en el aire y espesas columnas de humo se desprendieron del lugar ocupado por los enemigos. La sorpresa y la desesperación aumentaron el desconcierto del adversario y los hombres de Alan

sembraron la muerte por doquier.

La cruenta batalla no duró más de diez minutos. Cuando las nubes de humo se fueron disipando, el fondo del valle apareció cubierto por los restos carbonizados de los atacantes.

—Vamos a retirarnos, Mike. Haz la señal a Komok.

Mientras Alan ordenaba la retirada de las fuerzas de Talmak, Mike hacía la señal convenida a Komok.

En un instante los dos grupos abandonaron sus posiciones y se retiraron a lo largo del valle, hasta coincidir a unos dos kilómetros de distancia del teatro de las operaciones.

—¿Qué debemos hacer ahora, Alan? —preguntó Kato.

—Nuestro propósito es alcanzar el lugar donde se halla emplazado el laboratorio. Las otras dos columnas no tardarán en llegar al valle y descubrir el trágico resultado de nuestra emboscada. Ahora ya no podremos sorprenderlos. Mi plan es ocupar las más ventajosas posiciones posibles alrededor del laboratorio.

Allí estableceremos nuestra línea de resistencia y combatiremos hasta el final. Dios quiera que Kaunum y sus hombres puedan realizar entre tanto el experimento.

La columna continuó a marchas forzadas su camino, poniendo la mayor distancia posible entre ellos y sus perseguidores. La distancia se fue alargando hasta ser superior a los diez kilómetros.

Unas horas más tarde llegaban a las inmediaciones del emplazamiento del laboratorio.

—Es allí —dijo Kato señalando una encrespada montaña que se encontraba a unos ochocientos metros de distancia.

Alan miró detenidamente el lugar indicado.

—Es un buen sitio. Distribuiremos nuestras fuerzas en las laderas y conseguiremos frenar a nuestros enemigos durante varias horas. Vamos a continuar.

— ¡En marcha! —ordenó Komok.

La columna obedeció la orden y poco después inició el ascenso de la montaña.

Alan estudió el terreno y distribuyó sus fuerzas a unos doscientos metros de la cumbre. Luego, acompañado por Kato y Mike, subió hasta la misma cima.

La cumbre de la montaña presentaba una ligera hondonada circular, de más de doscientos metros de diámetro por diez o quince de profundidad.

—Esto me parece el cráter de un volcán apagado —comentó Mike.

—Así es —dijo Kato—. Hace muchos cientos de años que cesó la actividad de este volcán. Los últimos residuos de lava se petrificaron dando lugar a esta plataforma circular sobre la cual se asienta nuestro laboratorio.

Todo el pueblo de Kalun se encontraba allí con centrado, mientras un grupo de hombres vestidos con trajes de laboratorio, entraban y salían en un cuadrado edificio que ocupaba el centro mismo de la inmensa plataforma.

Apenas los tres hombres aparecieron sobre el borde del cráter, un rumor recorrió las gargantas de la multitud allí congregada.

Dos tres amigos comenzaron a bajar por el suave declive que conducía al interior del cráter. Ya so dirigían hacia el edificio enclavado en el centro de la plataforma circular, cuando la graciosa figura de Kalun salió al exterior y se dirigió a toda velocidad hacia el grupo. Unos segundos después caía en los brazos de Alan, llena de desbordante alegría,

—¡Has vuelto, has vuelto!

Alan dirigió unas palabras de cariño a su amada y luego le preguntó por Kaunum.

—Ahora mismo saldrá a recibirte. Yo no he podido contenerme y salí disparada como una flecha.

En aquel momento, la noble figura del anciano se recortó en la puerta principal.

— ¡Alabado sea Dios! —dijo con voz emocionada—. Hemos pasado una gran zozobra por vuestra suerte.

—Hemos tenido que combatir contra nuestros enemigos.

—Ya lo sabemos. Desde aquí hemos podido ver las columnas de humo que se elevaban hasta el cielo, como señal inequívoca de lo que sucedía.

Alan y Mike entraron en el interior del edificio, en compañía del sabio.

Poco después hacían un relato detallado de todo cuanto había sucedido.

—Así que, —concluyó Ajan— en estos momentos se dirigen hacia aquí las otras dos columnas enemigas. He dispuesto nuestras fuerzas en la vertiente Norte de la montaña, a unos doscientos metros de distancia de la cumbre. Esa será nuestra última línea de resistencia.

—Nosotros lo hemos dispuesto todo para intentar el paso a través del muro del espacio-tiempo. Si tenemos la suerte de simultanear con la que se realice en el laboratorio de Mike, habremos conseguido escapar de este infierno.

Dichas estas palabras, el anciano dio por terminada la entrevista. Con voz serena llamó a uno de sus ayudantes y le dio una orden.

—Vamos a poner en marcha nuestro experimento.

Alan estrechó la mano del anciano y se dispuso a marchar a las líneas ocupadas por sus hombres.

— ¡No te vayas, Alan! —casi gritó Kalun.

—He de volver junto a los hombres que han depositado en mí su confianza.

—Tú no estás obligado a ello. Alan. Si conseguimos realizar el experimento, no te será posible escapar de este mundo.

Alan miró largamente los angustiados ojos de Kalun.

—Las fuerzas enemigas no deben estar lejos. Es preciso que los contengamos el mayor tiempo posible, para daros a vosotros tiempo de cumplir vuestra misión. Hoy me siento uno de vosotros. El heroísmo de Kato, Komok y Talmak y sus hombres me obliga a permanecer a su lado para ser digno de la amistad y confianza que han depositado en mí.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un zumbido metálico llegó hasta sus oídos.

— ¡Alan, Alan! —gritaba Kato desde el borde del cráter—. ¡Ya están ahí!

Alan atrajo hacia sí a la muchacha y la besó amorosamente en la trente.

—Tú significas para mi mucho más que mi vida. Vuelve a tu puesto y quiera Dios que consigáis vuestro objetivo.

Alan se desprendió del dulce abraco de la muchacha y partió a toda velocidad hacia el lunar donde se encontraba Kato. Mike no lo había pensado ni un segundo y le seguía a pocos pasos de distancia.

En pocos segundos llegaron al borde del cráter y pudieron ver a las dos columnas enemigas, las cuales iniciaban un movimiento envolvente mientras sus vanguardias comenzaban el ascenso de la montaña.

Las fuerzas capitaneadas por Komok y Talmak aprovecharon su ventajosa situación sobre el terreno para causar gran cantidad de bajas a los enemigos.

Los tres amigos descendieron rápidamente hacia las posiciones ocupadas por sus compañeros.

—Han llegado más pronto de lo que esperábamos —fueron las palabras de Komok—. Son unos cuatro mil hombres los que nos atacan.

Afortunadamente, la posición elegida por Alan presentaba una situación muy ventajosa. El flanco izquierdo estaba protegido por una sólida muralla de roca viva, que impedía la maniobra envolvente de los enemigos. El flaneo derecho era más accesible, pero estaba tan perfectamente dominado por la disposición de las fuerzas de Alan que costana muchas bajas a los enemigos el intentar deslizarse hacia aquel lugar.

Los hombres de Alan hacían un fuego incesante sobre sus adversarios que se encontraban en precaria situación. De vez en cuando, una explosión entre las filas de los valerosos defensores probaba la eficacia de las armas adversarias.

Durante más de dos horas continuó el despiadado combate sin que los kaonitas consiguieran hacer sensibles progresos.

—No creo que consigamos prolongar nuestra resistencia más de cuatro o cinco horas. Aunque nuestra posición es buena la dotación de nuestras armas es muy limitada, —dijo Kato dominando el fragor de la pelea,

Alan vigilaba cuidadosamente los movimientos del enemigo, mientras esperaba algún signo que le indicara que la operación intentada por Kaunum había tenido éxito.

Del interior del cráter salía una luz refulgente. Alan sabía que aquella luz bañaba al angustiado pueblo de Kalun. como parte indispensable de la operación que pretendía realizar. Sólo la desaparición de aquella luz indicaría que el experimento había tenido un feliz resultado, que aquellos seres, junto con Kalun y los demás hombres del laboratorio, habían conseguido atravesar el muro del espacio-tiempo, para conseguir zafarse a la terrible persecución de los kaonitas.

Durante dos horas más continuó la batalla. Los kaonitas comenzaron a hacer progresos, lanzando un ataque frontal. Muchas eran las bajas que sufrían pero su gran superioridad numérica les permitía ir alcanzando posiciones sucesivas, que los acercaban a las líneas de los bravos defensores.

— ¡Ya está! —gritó a su lado Mike.

Alan volvió la cabeza y dirigió sus ojos hacia la cumbre de la montaña. ¡La luz había desaparecido!

Una extraña mezcla de dolor y alegría se adueñó de su corazón.

La noticia cundió por las filas de los combatientes y un ¡viva! estentóreo se impuso al fragor de las armas.

Durante media hora más continuó el combate con igual encarnizamiento. De pronto llegó una voz a los oídos de Alan.

—¡Alan, Alan!

Alan volvió la cabeza y vio recortarse sobre el borde del cráter la graciosa figura de Kalun. Su corazón le dio un vuelco.

—¿Qué sucede, Kalun? —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Pronto, subid! —respondió la muchacha.

Alan ordenó a sus hombres que dispararan sus armas con toda intensidad contra sus enemigos y una gran nube de humo se extendió por la falda de la montaña, cortando la visión de los adversarios.

—¡Todo el mundo hacia el cráter! —ordenó con vez estentórea.

Los hombres no se hicieron repetir la orden y en pocos minutos se replegaron sobre la cima de la montaña.

—¿Qué ha sucedido, Kalun? ¿Acaso nos atacan por la otra vertiente?

—No. Alan —dijo la muchacha con voz emocionada— ¡Lo hemos conseguido, lo hemos conseguido!

Alan dirigió sus ojos hacia la gran plataforma volcánica y vio que se encontraba totalmente desierta.

—¡Es maravilloso, Kalun! Pero, ¿por qué no te has ido con ellos?

—No perdamos tiempo, Alan. Mi padre tampoco ha querido abandonaros. Sitúa a tus hombres en la explanada y ven conmigo.

Alan dio una breve orden a sus hombres y poco después emprendían la carrea hacia la explanada, en medio de la cual se levantaba el laboratorio.

Kalun indicó un lugar a los bravos combatientes que, bajo las órdenes de Kato, Komok y Talmak, ocuparon disciplinadamente.

—Vamos dentro, Alan.

Kalun, Alan y Mike se introdujeron apresuradamente en el maravilloso laboratorio, donde les esperaba Kaunum en compañía de sus dos ayudantes.

—¡Pronto, ocupad la plataforma!

Los tres amigos ocuparon una amplia plataforma en uno de los ángulos del laboratorio.

—Luz exterior —ordenó el anciano.

Uno de sus ayudantes bajó una palanca y los combatientes que se hallaban formados al exterior del edificio fueron bañados por un poderoso haz de luz, en medio de un impresionante silencio.

—Luz a la plataforma.

La plataforma ocupada por Kalun y sus dos amigos fue iluminada por un rayo luminoso que venía del techo del laboratorio.

—¿Está conectado el dispositivo de explosión?

—Sí. Kaunum —dijo uno de sus ayudantes—. Dentro de cinco

minutos volará el laboratorio.

El anciano bajó una palanca que sujetaba con su mano derecha y gritó con voz excitada:

—¡Todos a la plataforma!

Tanto él como sus dos ayudantes subieron a la plataforma en la en que se encontraban nuestros amigos y esperaron en silencio.

Un sordo zumbido fue subiendo de tono hasta llenar por completo los ámbitos del laboratorio.

Alan sintió que una fuerza oscura tiraba de su cerebro. La luz del tecno fue haciéndose difusa hasta convertirse en un lejano punto luminoso, apenas perceptible. Un velo de sombra fue cayendo sobre su cerebro y poco después perdía la conciencia de todo.

Cuando abrió de nuevo sus ojos se vio rodeado por una ingente multitud. Eran los diez mil seres de la raza casi extinguida de Kalun.

Las sombras de la noche habían descendido sobre el paisaje y un confuso rumor de voces llegaba hasta sus oídos. En la semioscuridad pudo divisar la silueta característica de los soldados de los E.E. U.U. Mike y Kalun comenzaban a recobrar el conocimiento.

La conocida voz del profesor Danielsen llegó hasta sus oídos

— ¡Alan! ¡Mike! ¿Dónde están?

¡Por fin habían conseguido atravesar el muro del espacio-tiempo! Un mundo no muy perfecto, pero mucho más generoso que el dominado por los kaonitas, los acogía cariñosamente en su seno.

—Alan —murmuró la suave voz de Kalun.

Alan se inclinó sobre la muchacha y la abrazó tiernamente.

—Tranquilízate, amor mío. ¡Ya estamos en casa!

FIN

COLECCION LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.o 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3. Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White*
36.—La guerra verde, *George H. White*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipseáón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*

45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H. White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención!... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredo un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling.*
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice.*
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*

La raza que habita los planetas de nuestro sistema, una raza de hombres pacíficos, felices y libres, ve amenazada su existencia por un nuevo y terriblemente poderoso enemigo.

¡LUZ SOLIDA!

Los fabulosos armamentos acumulados por el Hombre, todos sus inventos producto de milenios de constante progreso resultan, de pronto, impotentes para rechazar a las extrañas criaturas llegadas de algún remoto lugar del espacio infinito.

La prodigiosa fantasía de

GEORGE H. WHITE

ha creado una nueva raza de seres extraterrestres que, dotados de unos medios tan originales como inauditos, crean un conflicto de hondo dramatismo a los populares personajes de otras obras del mismo autor, las cuales perduran en la memoria del público amante de las obras fantásticas.

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** pesetas.